This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

Harvard College Library

FROM THE FUND

FOR A

PROFESSORSHIP OF
LATIN-AMERICAN HISTORY AND
ECONOMICS

ESTABLISHED 1913

COLECCIÓN « CIENCIA Y LIBERTAD »

FÉLIX B. BASTERRA

EL CREPÚSCULO DE LOS GAUCHOS

(Estado actual de la República Argentina)

EDITORES:

JUAN GRAVE
Les Temps Nouveaux
BROCA, 4
PARIS

CLAUDIO GARCIA
Librería de la Universidad
CERRITO, 11 A
MONTEVIDEO

1903

El crepúsculo de los gauchos

(Estado actual de la República Argentina)

FÉLIX B. BASTERRA

EL CREPÚSCULO DE LOS GAUCHOS

(Estado actual de la República Argentina)

EDITORES:

JUAN GRAVE
Les Temps Nouveaux
BROCA, 4
PARIS

CLAUDIO GARCIA
Librería de la Universidad
CERRITO, 11 A
MONTEVIDEO

1903

5 A 39.03.5

HARVARD COLLEGE LIBRARY

DEC 24 1915

LATIN-AMERICAN
PROFESSORSHIP FUND.

Se puede definir la historia contemporánea del Río de la Plata: UNA SERIE DE CRISIS, ó una crisis crónica con intervalos excepcionales de salud, sin que esa enfermedad estorbe ni excluya su progreso relativo puramente material y espontáneo.

A esas crisis políticas, yo las llamé siempre CRISIS ECONOMICAS, porque realmente lo eran, pues la política en ese país se reduce toda, como he dicho, á cuestiones de intereses económicos. Naturalmente, el primer cuidado de los que explotan esos intereses y benefician de las crisis es negarles su carácter real.

ALBERDI.

Al bajar

En muchas regiones europeas, donde se nota un exceso de habitantes como resultado de una pletórica producción, ó á consecuencia de un lento desarrollo de la industria y de la agricultura, suena la palabra « América » — en sinónimo de Buenos Aires ó República Argentina — como un mágico ruido, áureamente sonoro y evocador del prodigioso Cipangu.

La mente de la población obrera, que es poeta aun en su desgracia de clase desheredada, gesta á la diosa Fortuna, moradora de los países del Sol, en actitud de obsequiosidad infinita, donan-

do la abundancia de su cuerno á todo aquel, audaz, animoso, que posare su planta de hombre sobre la grande y pródiga tierra, la magnífica tierra cuyos matices son filones, cuyos filones son pozos y tales pozos... tesoros que salvarán á nuestro tiempo de la colosal desdicha humana que lo aflige.

Y en pos de la ventura tan soñada, álzase el extranjero hacia la buena playa, hacia la suerte fija, risueña, casi cansada de esperar en vano al inmigrante.

Ni una duda ensombrece el abrillantado capricho.

Pero al tender las anhelosas manos, ante el aspecto de la capital, de la pedantescamente ornada con el nombre de Atenas de Sud-América... ¡adiós Cipangu atesorador, ópala ilusión de amados días!

Y es que Buenos Aires, copia borrosa de Bruselas y París, da la idea rápida de una organización capitalista al uso europeo, con los mismos vicios, idénticos defectos y sin las escasas virtudes de los europeos sistemas, cuando se trata de un criterio económico á practicarse ó un pacto á cumplir entre el Capital y el Trabajo.

Mendigos por aquí, por allá vagabundos for-

zosos, y la tropa desharrapada de los vendedores de periódicos, de los mercachifles, de los mozos de cordel; y á la izquierda del paseo de Colón y á la derecha del paseo de Julio, los edificios, parados en su construcción, amenazando derrumbarse, con las paredes atacadas por el moho y alguno que otro tirante de hierro clavado en tierra, adentro de la construcción, retorcido y enderezándose al cielo en reclamo de serias reivindicaciones.

El inmigrante pasa, descalabrado, roto...

El golpe, á veces, en muchos pobres, suele ser rudo, recibido en pleno cráneo, atontador, rematándose á la vista del antro de los Inmigrantes, llamado, no sé por qué macábrica ironía, hotel, ¡hotel!...

Este « Hotel », así, con mayúscula, es un barracón que casi no lo podrían utilizar bohemios de la última hez, vencidos de ninguna naturaleza.

La pestilencia que contiene y le rodea hiere el olfato en un contorno de cincuenta metros, y proviene de él mismo y de un hermoso pantano que está á su flanco, frente por frente de la estación Retiro, ferrocarril inglés...

Tras el terror económico, el social.

En efecto, cuando menos imaginóse el pobre

extranjis, quedó enterado de la sombría historia de la tiranía de Rozas, un gobernador-presidente con allegados tales como Cuitiño, famoso degollador de los enemigos del Gran Turco criollo; Moreira, caudillo chocarrero, apuñaleador y cercenador de testas, quien tuvo un día la humorada feroz, en un carrito, de ir á vender, por *duraznos*, cabezas de hombres, fresquitas, no ha mucho desgarradas de los árboles...

Y pasan las figuras de mueca horrible, criminales aclamados todavía: los Quiroga, Chacho, Quequén, Cuello, Mataco, Hormiga-Negra... tipos todos de análogo jaez antropológico.

Verdad es que la existencia de estos cafres tan argentinos dátase de treinta á cincuenta años atrás, aunque el inmigrante no siempre de ello se pone al cabo, ni cree en progreso alguno cuando á conocer comienza á los criollos, afanfarronados, matachines, esgrimistas hábiles del cuchillo, con una que otra estación en el presidio, y sin ninguna intención de diferenciarse de los antepasados, chambelanes de trabuco y larga daga.

Sí, son congojas amargas, hondas y tristes sorpresas las que surgen en la infeliz mente del náufrago extranjero.

Se torna precavido, recelando aún del oxígeno.

Una vida de continuo sobresalto se le presenta, ya que doquiera su vista se dirige, algo feo se levanta, atentador.

Entretanto, espera trabajo junto á otros que también aguardan, residentes del Antro, digo del Hotel, todos igualmente desolados al encontrarse con una América muy lejana, por cierto, de aquella que los embelecó desde la nativa tierra.

Duermen embastados en cuchetas, hediondas por la desinfección, y comen un poco mejor que muchos cerdos del matadero.

Lúculo y Heliogábalo no podrían quejarse...

"Las grandes naciones, dice Adam Smith (ni las pequeñas, añado yo) no se empobrecen jamás por la prodigalidad y la mala conducta de los particulares, sino más bien por las de su gobierno".

ALBERDI.

Estado económico

A Julio Piqué,
en Montevideo.

El primer fenómeno que salta á la vista del menos observador, es la cantidad exorbitante de gente desocupada, obreros que vagan, entre sorprendidos y tristes, como si aún no hubiesen despertado de una hastiadora pesadilla.

Es la oferta de brazos, en constante crecimiento, que marcha por talleres y fábricas, depósitos y corralones, almacenes y despachos de alcohol, siempre en busca de algo que laborar, dando sus músculos, inutilizados por la crisis, por la añeja crisis, casi por nada.

La demanda de un albañil trae la oferta de cincuenta.

Si veinte peones, acuden mil, siendo un desfile de hombres que á veces armó una melancólica algarabía.

Los salarios, de suyo bajos, descienden, centavo á centavo, casi insensiblemente, hasta ser irrisorios.

Si el hombre tiene familia, la vida es imposible, si no trabaja la mujer á la par del marido para que los consumos no se interrumpan y se intente mandar calzados los chicos á la escuela.

Las mensualidades oscilan entre 15 y 60 pesos, los que al actual tipo de cambio, que es fijo, hacen 33 y 132 pesetas, respectivamente, ó sea en duros, 6.50 y 26.40.

Sólo por una covacha para habitación, término medio, págase 18 pesos, y en los arrabales, á una hora de camino á pie.

Para tales salarios, no sólo los servicios de gas, cloacas, aguas corrientes, transportes, etc., son caros, sino que el pan, la carne, la leche, la ropa y el tabaco tienen un precio asaz desproporcionado, lo cual da la visión exacta del estado de miseria en que se debate esa porción de clase obrera que por felicidad divina tiene ocupación periódica ó relativamente durable.

Como el gobierno carece de égida económica por ausencia de una apta preparación, con el éxodo de los capitales, el fracaso de varias industrias y el paro de otras, se crea un estado de cosas indescriptible, agravado, de día en día, por una inmigración fomentada contra todo conocimiento económico y social.

Es entonces cuando los brazos parados se multiplican, crecen hasta asombrar su número, 40,000, cantidad que desde 1898 corre impresa, esparcida á todos los vientos, en diarios, libros y revistas.

Pero en 1902, según los datos recogidos por la Federación Obrera Argentina y publicados en su órgano mensual, los desalojados de la producción llegaron á 200,000, de ambos sexos y de toda la república, no incluyéndose aquí los 79,427 que emigraron á las tierras de origen ó á mejores y más hospitalarias comarcas.

Sólo así puede explicarse cómo el *Anuario Demográfico* llega á probar que en Buenos Aires, con 850,000 habitantes, se consumen menos artículos de primera necesidad que en Buenos Aires mismo con 700,000 almas.

A pesar de los pesares, la inmigración continúa siendo fomentada á despecho de las sempi-

ternas crisis, ya por medio de oficiales y oficiosos emisarios, enviados á Europa á dicho efecto, ya por apócrifas estadísticas y artículos óptimos que el gobierno argentino procura publicar en Londres, y el empeño va tan lejos que en breve se creará en el extranjero una agencia especial, dependiente del ministerio de Agricultura, que dejará satisfechas dos ambiciones: la odiosa de expandir más la burocracia, y la imbécil de bien probar una grandeza extraña, de América fabulosa, que aún nadie supo dónde está.

De suerte que ninguno debe de extrañarse de esa baja continuada de los salarios, descenso tal que á veces los suprime por completo, ya que son muchos los que trabajan sin más remuneración que la comida y el rincón para dormir.

Mas el capítulo ignominioso, el gravamen que más pesa sobre el pueblo de la república, es ese 19 °/₀ de impuestos abonados por cada habitante, como si la riqueza de las condiciones actuales, de la industria y de la agricultura, pudiesen sobrecargar tamaña mole.

Y es que, en verdad, no hay mal ajeno que la Argentina no se lo apropie, sea ó no apta para sufrirlo, sobresaliendo, si no en ciencias, en regímenes impositivos, sino en artes, en leyes que al mismo Dracón empequeñecerían.

Como la crisis de la nación es ya una crónica enfermedad, el paciente se abandona, las iniciativas de los gremios se apagan, los intereses en general más y más se lastiman, y así van los problemas empalmándose á los problemas y todos sin miras de solución hallar.

Pero la inmigración, eso sí, que no falte.

¡Pues, qué! ¿no se establece, acaso, que «gobernar es poblar»?

El señor Alsina, jefe de la oficina de inmigración dice al ministro de Agricultura: «creo que «poblar», en las actuales circunstancias, es arruinar á la presente población», y el ministro responde, más ó menos: «usted, se calla; *gobernar es poblar*»...

No importa que en 1901, por ejemplo, gracias á la gran crisis, 3,045 propiedades acudan á la hipoteca para obtener dinero (por un valor de 29:943,000 pesos papel, ó sea, más que en 1900, y ésto es grave para un país tan pobre, 1:273,000).

No importa nada que las quiebras anuales, en

el modesto comercio que tiene la república, asciendan á la fabulosa suma de 26:000,000.

No importa, tampoco, que el cultivo del tabaco y de la caña marche de tumbo en tumbo, peor que la vitivinícola producción, tan mal como todos los cultivos, desgraciados, cuando no por el fracaso, por el clima (lluvias fuera de tiempo ó grandes sequías ó langostas en forma de nubes que oscurecen el horizonte durante largas horas).

No, no importa que la gente acuda á los consulados en demanda de socorro, como si el representante patrio, que por otro lado maldito para lo que sirve, pudiese llenar la tripa clamorosa.

Los maestros de Entre-Ríos, aliados á los de Santa Fe y de Corrientes, faltos de ropa para asistir á clase decentemente, va para un año que amenazan con una huelga, ya que son en el país los únicos que acompañan á Bastiat á hacer el panegírico del pequeño centavo, ellos, los exclusivos á quienes no les permite la calamitosa situación que les atraviesa ni el más insignificante *flirt*, obligados como se ven, á una «virtud de apuesta», según dijera no sé cuál escritor español.

En las provincias andinas, aun en las del cen-

tro, muchas madres ofrecen sus hijos á los viajeros, por no poderles alimentar, pringadas las infelices de una miseria desoladora, desesperante.

Frescos están en la memoria de todos, los *meetings* de desocupados hechos en la Capital, en Rosario, Mendoza, Bahía Blanca y otras poblaciones del interior, búcaro de hambre ofrecido en vano á la fría mirada del presidente de la república, ocupado en deshacer el descrédito del país mediante disparates, como éste, publicado en el *Nort British Agriculturish* de Londres: «dentro de diez años (como quien dice: pasado mañana...) aumentará... nuestra exportación de carnes y de ganado en pie»...

Es muy curioso, por otro lado, que no teniendo ni pan ni carne, el presidente, en vez de hallar un medio de matar la canina necesidad del país de su gobierno, sueñe aun con aumentos de exportación de trigos y animales en pie, fenómeno que prueba, dicho sea de paso, el anacronismo económico, pristino y evidente como un sol, en que se debate nuestro tiempo.

Ancha Castilla tiene la crisis en la Argentina.

Los *bric-a-brac* ó casas de compra y venta de toda clase de girones miserables, ropa, batería de cocina, cualquier pingajo, la última herrumbre;

los *bric-a-brac*, cuyo comercio nauseabundo llena barrios enteros, tristes y sombríos, se multiplican mientras fracasan grandes industrias.

Las acciones del Banco Hipotecario de la Provincia ni al peso ni al precio del papel de estraza las toma nadie.

«Los peones que trabajan en las provincias azucareras y vitivinícolas, debido á la crónica crisis, laboran sólo por la comida y el beberaje.» (De *La Nación*, rotativó, de gran formato, bonaerense.)

«En las agrícolas hay peones que comen raíces.» (De *La Nación.)*

«En las puertas de las iglesias, teatros y otros establecimientos públicos, la gente se ve á cada momento asaltada por una banda de mendigos;... en la Avenida de Mayo, criaturas de seis y ocho años, llenas de andrajos, piden limosna á deshora de la noche;.. se les ve acurrucados en montón en los marcos de las puertas de calle, durmiendo hasta que llega el día.» (De *La Nación.)*

Pero el gobierno, erre que erre, repite su sonsonete: si «gobernar es poblar», que venga el inmigrante, ya que de más de cien millones de hectáreas, que tiene la extensión del país, sólo 6:451,742 están cultivadas; salga, pues, esa población que

se concentra en la metrópoli y desparrámese por todo el territorio

Pero el gobierno olvida algo, ó hace que se olvida, que conviene recordar.

En efecto: el motivo que obliga á una pob a-ción enorme á ocupar la capital, cuyo lugar no es éste, reside en la falta de garantías que caracteriza á la campaña y al interior de la Argentina, bien que en Buenos Aires esta ventaja sea de ínfima magnitud.

Afuera, autoridades y capitalistas se confabulan inconscientemente contra el trabajador, y ésto, á fuerza de repetirlo los diarios y los obreros, ha llegado á ser ya cosa tan común como el proverbio más extendido entre los hombres.

Así, por ejemplo, una cuadrilla de carpinteros y otra de estibadores salen hacia Las Palmas (Zárate) y Estación White (Bahía Blanca), y ambas cuadrillas van convictas de que el jornal por hombre corresponde á lo preestablecido, si á mano viene firmado, con anterioridad; pero al llegar á los destinos de trabajo encuéntranse con que, ó deben volverse, ó han de conformarse con la mitad, más ó menos, del salario que se les asignó al salir, ya que la justicia se encoge de hombros á esta clase de quejas, ó si las recibe

sólo es para expedirse con una manga de palos contra los infelices protestantes, acusados de anarquismo por pedir el salario prefijado con la anterioridad de que hacemos mención.

Esta conducta es público que se sigue con los que afuera salen á trabajar, venga ello de la necesidad que tienen los patrones de ofrecer salarios buenos para conseguirse gente, venga de la mala fe y explotación crapulosas, que es lo que siempre se constata, por desgracia, hasta con las empresas más serias del Ferrocarril del Sud ó de otras líneas.

En el mejor de los casos hay una espantosa odisea de por medio, como la que sigue, relatada por *La Prensa* (otro gran rotativo de Buenos Aires):

«E. B., italiano, llegó al país en calidad de inmigrante el 30 de Enero próximo pasado.

«Al pisar tierra argentina se alojó en el Hotel de Inmigrantes, y se lanzó á los cuatro vientos, durante muchos días, en busca de trabajo.

«No lo halló, á pesar de sus insistentes empeños, por lo que resolvió solicitarlo directamente de la dirección de inmigración.

«Pocos días después, le fué ofrecida una colocación de peón en Mendoza, que aceptó inconti-

nente, por cuanto era su mayor aspiración lograr trabajo, para comenzar una nueva era de su vida, que creía deberle resultar provechosa, en este país de tan vasta extensión territorial y donde la tierra es tan feraz como para satisfacer la ambición de los que la trabajan.

«Halagado con la perspectiva de un buen porvenir, nuestro hombre fué trasladado á Mendoza, donde se colocó en calidad de peón en las obras de prolongación del ferrocarril Gran Oeste Argentino, con el salario de un peso y setenta centavos diarios.

«Trabajó durante 75 días, al cabo de los cuales con otros muchos compañeros, fué despedido, por paralización parcial de las obras.

«Hizo entonces el balance de lo que le quedaba, entre lo que le había producido el trabajo y los gastos, y se encontró con 39 pesos, de los cuales tuvo que perder el 10 °/₀ por cuanto poseía bonos del gobierno provincial en lugar de billetes de Banco.

«Le quedaban, pues, unos 35 pesos.

«Desde el campo donde trabajaba se dirigió á Mendoza, y en esta ciudad permaneció quince días, siempre en busca de trabajo.

«Como no lo hallara, resolvió dirigirse á Bue-

nos Aires, á pie, por cuanto sólo le quedaban 10 pesos.

«Dos largos meses duró la odisea del desgraciado viajero.

«Siguiendo la línea del Gran Oeste, deteniéndose en cada punto poblado, en demanda de pan y trabajo, llegó á San Luis, luego á Villa Mercedes, después á todos los puntos intermedios de la línea del Pacífico, hasta que, después de mil privaciones, pudo poner los pies en la capital de la república, andrajoso, exhausto, hambriento y enfermo...

«Compadecida de su estado, una familia francesa le dió alojamiento, del cual aún aprovecha, puesto que, á pesar de sus vehementes deseos de hallar algo en que ocupar sus energías, no logra colocarse, ni aún de peón.

«Narramos el ingrato episodio para demostrar que á la administración le falta algo substancial para llenar su misión.

«Se ve un mal criterio en la internación de inmigrantes y un deplorable descuido en la vigilancia paternal de su suerte.

«A no ser así, el mencionado obrero no habría sido enviado á Mendoza para un trabajo temporario é inseguro, y habría encontrado en aquella

ciudad algún órgano de la repartición central que le prestase su amparo.

«Las consecuencias de esas faltas, son soportadas por el país, bajo la forma de su descrédito en el exterior».

Pero el gobierno, que conoce este mal aunque lo olvide, no tiene tiempo para preocuparse de cosas tan nimias cuanto insignificantes *(sic)*, fatigado como siempre se halla al cavilar cómo emitir más papel y cómo adquirir nuevos empréstitos que sumar á los 410:000,000 que tiene de deuda en el exterior; porque la república todo lo arregla de esta suerte: paga una deuda con otro empréstito y quiere sacarse los 292:000,000 de pesos papel con otro tanto con que á diario amenaza emitir, método científico que parecerá extraño á todo aquel no iniciado en la cábala financiera de la Argentina, tierra que vive del *déficit* como otras del *superávit* y donde se practica el despilfarro con la sonrisa más encantadora.

Y es que los oráculos ecónomos de la república, los que quisieron convertir el papel en oro, alquimistas empedernidos, aunque de la peor especie, ya que todas sus maquinaciones y cálculos se orientan hacia el bolsillo ajeno; estos oráculos en vez de estudiar la naturaleza social del país, el medio necesario para el arraigo de las actuales industrias, la posibilidad de valorizar la moneda, la forma más práctica de conseguir una justicia pronta, apta, lógica y barata; estos oráculos, repito, no se entienden entre sí ni fuera de sí, dándose el caso de una *enquête* á propósito de estas perras condiciones económicas, de la cual *enquête* no se pudo sacar nada en limpio.

No hace mucho aún, decía *La Nación,* que ni á los gremios (comercio, industria, banca, etc.), ni á los gobernantes les importaba nada de nada con tal de lograr enriquecerse á costa de esquilmamientos y ruinas, como si cada cual viviese en un mundo aparte, no consultando « las indispensables relaciones que deben existir entre sus propias conveniencias y las de los demás »...

El economista Nordhoff, me parece, asegura que ni un reblandecimiento del espinazo, ni una pata coja, ni una deuda externa, son una bendición del cielo; pero la fastuosidad criolla, en des-

acuerdo, opone: « cada uno piensa como le conviene, y nosotros que *somos* cinco millones de habitantes (sólo son cuatro), podemos gastar como quince »...

Luego hablan de sus campos, de sus bosques, de sus minas, de sus florestas, de sus viñedos, del frigorífico... á todo lo cual, con una nueva emisión de papel (las actuales ya son inconvertibles) « qué fuera razonable »... se le podría dar vuelos para prosperar...

Han tenido los criollos dos argentinos inteligentes, como lo son pocos, en cuestiones nacionales, Sarmiento y Alberdi, y este último dejóles explicado lo que jamás concluyen de aprender:

« Tienen razón los que ven la principal causa de la crisis en los empréstitos que ha levantado la República Argentina.

« Pero los que así piensan no hablan sino de los empréstitos extranjeros, como si no hubiesen otros.

« El más aciago y empobrecedor de todos es el que se levanta en el interior del país por esas emisiones de deuda pública en forma de papel-moneda de banco.

« Cada emisión de papel moneda es un empréstito.

« Todo el que tenga ese papel es prestamista del Estado

« Todo billete emitido hace deudor al Estado de una suma igual á su valor expresado en él »

La cuestión, como se ve, es muy sencilla; mas los nefastos mentores de la banca y de la política, auto considerados como genios, rayos de luz inspiradora de las vacuas sombras que moran en el endocráneo presidencial, los Pellegrini asesorados de no sé cuál ángel del mal, esos se oponen á razonamientos que llaman anticientíficos, siendo ellos precisamente los negados, los ampliamente obtusos de todo principio contemporáneo sobre economismo.

Los gremios, por su parte, no siempre saben á qué carta quedarse, llevados, cada cual, por las conveniencias propias, é inmediatas, sin cálculo sobre el perjuicio que en no muy remotos días se presentará á interrumpir tamaña fiesta.

Y nadie se entiende.

Sólo el obrero, que ve su salario cada día más mermado, su trabajo hora por hora amenazado de paro, la crisis en la casa desalojando hasta el último bártulo que marcha al cambalache, sólo el operario palpa las consecuencias espantosas de este desorden, de este cretinismo que se levanta

en las cámaras, en el ministerio, en la banca criolla, por doquier.

Esta falta de conciencia y rumbo, este caos en que se agitan y debaten hombres y problemas, la deplorable ignorancia y la ineptitud de los manipuladores de la república, nos presenta á la Argentina en toda su faz catastrófica y ruinosa, con una moral pública de lo más inferior — consecuencia de la dominante acefalía sobre economismo — que lo toca todo.

No es extraño, pues, que de tal estado surja la dignificación de lo que se vilipendia en otras naciones: el robo, el fraude, la usura.

Si no se es ladrón, ó hijo, ó pariente próximo de un bancarrotero, estafador ó prestamista, se corre el riesgo de no ser persona « decente », «de familia bien», exponiéndose á pasar entre la vulgaridad de los descastados.

El mismo presidente, después de escuchar la desolada queja que el padre del doctor O'Farrell hacía á su excelencia, á propósito del robo de expedientes de la administración, la vorágine devastadora que caía sobre los ministerios, los sucios negocios abiertamente tratados y el saqueo de los bancos, el mismo presidente, digo, repetía entonces lo que la crítica demoledora siempre ha dicho: « ¡está todo tan podrido! »..

El señor O'Farrell no supo qué responder, así de perplejo le dejaron las palabras del general Roca, llenas de flema estoica ó de impudismo oficial y dominador.

En Buenos Aires, en el alto mundo de la banca, entre uno y otro vaso de cerveza, se habla de los sucios negocios como de corriente cosa: los cuarteles de Liniers — «¡oh!» — pronuncian todos; el puerto Madero, los campos de Misiones, los pichuleos del ministro Civit (más de un millón), hechos al Banco Nacional en liquidación — «¡escandaloso!» — se murmura, etc., etc.

El puerto del Rosario, de construcción actual, á poco más da lugar á un descubrimiento que nos hubiera presentado, en auge, á la inmoralidad de lo bien alto.

Después de haber convenido entre la empresa constructora por un lado, y el presidente Roca con el ministro Civit por otro, que los señores X y compañía, franceses, construirían dicho puerto, previo un regalo de millones tantos á presidente y ministro, ministro y presidente, ante un *regalo* más fuerte ofrecido por otros señores, desean romper el compromiso, casi concluído por cartas.

Saber ésto los señores X. y compañía y dar-

se al demonio y amenazar el ministro de Francia con la publicación de una porción de cartas comprometedoras, todo fué uno, y, es inútil decir que frente á la intervención de la legación francesa no hubo más recurso que ceder y conformarse con el modesto regalo de tantos millones con que obsequiaba la empresa de referencia que obtenía la concesión de construir el puerto del Rosario, tan desgraciado para la honradez del ministro de obras públicas.

El palacio del Congreso, que también se construye en la actualidad, ha sido toda una leyenda de trascendencia, donde se han evaporado millones y millones, como los genios de «Aladino ó la lámpara maravillosa».

La partida tal destinaba tantos millones á los materiales del futuro edificio del Congreso; los materiales no llegaban; entonces nueva partida se volvía á destinarles para que llegasen, hasta que, por último, ante la risa escéptica de los más pobres diablos, con una nueva partida llegaban los materiales de marras.

Conocí á un ex secretario de un ex presidente, quien con la mayor frescura me confesaba: «yo, en los buenos tiempos, robé más para mis amigos que para mí...».

Este gran tipo decía la verdad, en efecto, y si no recuérdese el desastre del Banco de la Provincia de Buenos Aires, de donde se sacó dinero hasta sin la impúdica fórmula del falso fiador, bastando una tarjeta del ex secretario del ex presidente, ó, á veces, hasta la trivial esquela del más insignificante allegado á los primeros magnates de la república.

Baste decir que estos devastadores, cuando ya nada tuvieron que limpiar, después de enajenados los ferrocarriles del estado, vendieron hasta el puerto de la capital de la provincia de Buenos Aires, todo ello sin la más mínima reacción popular; y si más no liquidaron, fué porque más no tuvieron.

Ya dije que el monto total de la deuda externa suma 410:000,000, faltándome agregar, para edificación de los extranjeros, que los intereses de este empréstito hay años que no se pagan con las entradas, por ser éstas inferiores á aquéllos rédito que va desangrando poco á poco á la república.

Lo chocante está en que son poquísimos los iniciados en la inversión de ese dinero, lo cual quiere decir lo que no cabe en un in folio de moral, que, por lo tanto, ahorra comentarios.

Que el ministro Civit no explique en ocho años qué fué lo que hizo con una mar de pesos (84,588.56) sobrantes de los destinados á salvar las consecuencias de la inundación de Mendoza (en 1895), pase; es que el ministro Civit cultiva la religión del saqueo; debe un millón y cincuenta mil pesos que paga con un viñedo de cuatro cuartos, y unas tierras que en el desierto de Sahara no serían toleradas.

Pero el gobierno argentino no es el ministro de obras públicas, aunque, á decir verdad, allá se van los dos, á estar á los hechos.

¡Qué ruina!, ¡qué vándalos arrasadores!, ¡qué hombres, María Santísima!...

Felizmente, aunque no escampa todavía, las voces se alzan.

Los diarios del país, que son demasiado tacaños en el comprobar, ya que cuidan harto de lo que dirá el extranjero al leer cierta clase de informaciones, comienzan á comprender lo criminoso que resultando va el silencio sistematizado hasta hoy seguido.

Ahora, ante la emigración de brazos y capitales, con el descrédito *ad portas*, frente al fantasma de la ruina y con un porvenir sin matiz rosáceo á fuer de negro, toda circunspección se

rompe, la crítica se hace fuerte y la constatación del desastre rebasa toda capacidad, desbordante de sarcasmo é ira.

Lo que hubiesen podido decir los trabajadores de la Argentina á sus hermanos de Europa, se empalidece al lado de los estudios y comentarios, sobre el actual estado del país, hechos por el rotativo *La Prensa,* nada sospechoso de opiniones.

El diario *El País,* que no siempre estuvo dirigido como se merece, acaba de plegarse á la buena orientación, lo mismo que *La República* y *El Municipio*, del Rosario, *Los Andes,* de Mendoza, *La Opinión*, de Santa-Fe; *El Litoral,* de Corrientes y otros cuyo conservatismo y mesura en el decir y en el demostrar nadie lo pondrá en duda, seguro estoy, todos los cuales convienen en algo importante: que el descabezamiento gubernamental está llamado á ser tan crónico y tan completo como la vieja crisis, la portadora de la miseria y sus acólitos.

Se hace, pues, de urgencia convenir, si aún queda un resto de humanitarismo en las gentes, en la necesidad de una activa y constante propaganda con objeto de impedirse la inmigración á esta tierra, ese glóbulo rojo de la vitalidad de

otras naciones que enlanguidece y muere en la república mayor de Sud América, pasto de ignorantes y de pillos, natos desangradores muy capaces de concluir con el emporio más rico que el orbe esconda.

Aún dos palabras más sobre los inmigrantes.

El gobierno argentino, por intermedio del jefe de la Oficina de Inmigración, Juan A. Alsina, nos hace saber que, en efecto, hay exceso de población obrera, pero *inadecuada,* jornaleros, dice el libro de Alsina, que nada crean, gente que «viene... exclusivamente á buscar salario»... labradores sin dinero... galitzianos que apenas entienden de cultivos... é israelitas que trabajaron en la manufactura europea, por lo cual... apenas sirven para más labor que la fragmentaria, sin conocer la ejecución completa de una pieza...

Tras de cuernos, palos; sin trabajo y aún insultados: porque forman «una pesada carga pública»... «la plaga de las ciudades»... etcétera.

¡Vaya que es guasa viva eso de que los jornaleros vienen á por salario y de que los labradores llegan sin dinero!...

¿A qué, si no, vendrían *á hacer la* fabulosa *América?*

Verdad que el libro «Población, tierras y producción», en el cual Alsina tanto maltrata á los extranjeros, y ello sólo para justificar al gobierno que pagó la edición de la obra, verdad que dicho libro asegura que los compradores de tierra la adquieren con *capital ganado aquí* (quiere decir realizado en la Argentina). lo cual no deja muy bien parado aquello de inmigración «inadecuada», puesto que no puede ser, y no es, inepto el extranjero que trabaja y realiza un dinero que destina á tierras, si á mano viene, en las que más tarde se verá arruinado, expropiado, quizás muerto, tierras cedidas no exentas de usura, ubicadas... en el infierno, donde Mefistófeles dejó á Fausto, en los llamados «territorios nacionales», donde nidios se entiende y todos guerrean que es un gusto

No, lo que en realidad acontece es que, estando el país en ruina, se ha fomentado absurdamente una inmigración extraordinaria, todo para bien parecer al exterior, á Londres sobre todo...

Desde 1869—en cuyo año entraron 19,264

obreros, ocupándose nada más que 5,618 —hasta 1902, año por año se fué abarrotando de tal suerte la población proletaria, al extremo de verse obligado ahora, «el país de América», á producir una emigración como cualquier nación del continente europeo, válvula que no le salvará, sin embargo, de la grande y añeja crisis que le corroe.

Sólo que... según dijera García Merou, argentino, estas cosas no se le dicen al extranjero... consejo seguido por mí, como se ve, al pie de la letra, y dijo por mí ya que tengo por la Argentina una máxima simpatía, mejor entendida de la que la profesan los Cané, los Balestra y los Pellegrini.

Fué Alberdi quien, contra estos disimulos ó, mejor aún, encubrimientos de los defectos argentinos, dijo que «por vía de especulación, adular y lisonjear estos vicios era un modo de practicar el patriotismo como practica la caridad el que vende aguardiente á los indios, ú opio á los chinos, para que se embriaguen por vía de gozo».

El afán de mistificar llega hasta generar ideas peregrinísimas, *verbi gratia*, la de que el progreso argentino tiene su factor principal en los 103,000 criollos que anualmente se incorporan á la producción, á los cuales — ¡ léase, léase bien! —los extranjeros les sirven de auxiliares.

Cualquiera creería al enterarse de tales afirmaciones, hechas con la clásica pedantería de las afirmaciones oficiales, que el criollo argentino es el rey de la actividad en la república.

Inepto para un trabajo de atención y de tiempo, no se le ve ni en el taller ni en el comercio, ni en la fábrica ni en el laboratorio.

De la agricultura tiene el concepto más lastimoso: en cierta ocasión, un colono extranjero, viendo á diario pasar frente á su vivienda á un gaucho, al galope hacia el pueblo, á ocho leguas distante, lo detuvo para preguntarle por el objeto continuo de sus viajes; y supo que el nativo galopaba las ocho leguas nada más que por adquirir verdura para el *puchero* (el cocido).

—Pues, vea usted, amigo; con una huertita como la mía, se ahorraba usted tanto viaje cuotidiano.

—¡Vaya, amigo!.. ¡eso está bueno para ustedes, los *gringos*, que quieren hacer la América!.. ¡que el criollo, aparcero, no se rebaja á tanto!..

Por lo demás, si anualmente se incorporan 103,000 indígenas, no sé dónde se meten que por ningún lado se les ve; y ello se constata fácilmente cuando se sabe que los diez «territorios

nacionales» de la república, con una extensión de 95:769,669 hectáreas destinadas al cultivo, se hallan, de tiempo atrás, desiertos, vírgenes de todo acero roturador.

Pero la gran cuestión es mentir, mentir siempre, como las comadres: «si tengo cuatro, ¿por qué no he de decir que tengo diez?»

«... tengamos la virtud nacional de no hablar de nuestras faltas, para que en el exterior no se llegue á saber por nosotros que las tenemos»...

¡Bien dicho, señor García Merou! ¡y la verdad... que se pudra!...

El consejo va tan lejos, llevado por el autor del libro pro-Argentina, que no tiene inconveniente en enriquecer la pobreza del país, fabricando industriosamente lo que la república no posee; y así, los que constatan el malestar económico con los 10:920,498 pesos oro que en 1902 se restaron de la importación, se encuentran con que, según Alsina, si esos millones no se gastaron en productos extranjeros fué porque se los invirtió en productos nacionales, elaborados en el país para no mercarlos en la importación.

De suerte que, á pesar de este decenio largo en el cual vive la crisis, se han establecido mil industrias, y hoy, la Argentina produce no sólo

materias primas, sino sedas, Champaña y Jerez, tabacos habanos, cristales de Bohemia, hasta *panneaux* que bien quisiera firmarlos el gran Sorolla, aparte de las obras del teatro nacional en abierta competencia con Calderón, Lope y Moreto...

El café y el tabaco que se consume en el país son brasileños, la yerba-mate es paraguaya, los aceites italianos y españoles, el papel de los grandes rotativos, y de los pequeños también, extranjero; lo mismo hay que decir de los productos químicos, farmacopeos, minerales, vitivinícolos, vegetales, alimenticios, textiles y cerámicos; luego vienen las especias, bebidas semi-finas y finas, fieltros y algodones, tintes y colores, artefactos, etc., etc.

Si por casualidad algo de todo ésto produjera la Argentina, fuera de la misma familia que lo elabora, que no son muchas, no iría muy lejos.

El país, con exclusión de animales en pie y conservados, trigo, alfalfa, maíz y lino, que utiliza para la exportación aunque en realidad de verdad no alcance para la población de cuatro millones de habitantes (cinco, dice también Alsina, confundido con la cifra de los caballos, que son cinco), no exporta nada ni para sí más produce.

Hay que hacer una excepción á esta improductividad y ruina económicas.

La tierra criolla es fértil en fraudes, pactos de usura, hábitos de saqueo y moralidad de banarroteros punibles; de todo esto hay cantidades exorbitantes, para la exportación, lo que hasta hoy, que yo sepa, no se preocupó la estadística de estudiar, darle reclamo y ofrecer á los mercados que no lo produzcan.

Si tales productos no se colocan... *¡delenda est Argentina!*

Como es más fácil copiar leyes escritas y libros sobre cosas de estado que copiar ó hacer estados, nos creemos autores de monumentos porque sabemos traducir sus descripciones.

Nos damos por insultados si nos comparan con los chinos y con los japoneses, pero mandamos á las exposiciones universales de Europa, nuestras materias primas, mientras esos asiáticos que compadecemos, llenan de sus maravillas de arte los palacios de cristal, en que los ingleses y franceses mismos bajan la cabeza de admiración y envidia, ante sus obras inimitables.

ALBERDI.

Estado político

A Eliseo Reclus,
en Bruselas.

Partidos populares no existen, excepción honrosa de los gremios obreros cuando combaten los descabellados proyectos que á veces ventolean las cabezas de los dirigentes autoelegidos.

Por lo demás, si partidos hubiesen, como si no...

Cuando los caudillos de la oposición proyectaron el levantamiento político del espíritu de las multitudes, el presidente, por intermedio de su órgano, *Tribuna*, declaró su escepticismo: que él no veía los hombres capaces de conmover á la opinión, ni de incubarla rumbos, ideas, inteligencia.

Confesión más plena del «estado soy yo», pocas se han dado, por donde verse puede la talla de este Gran Turco que oficia de omnipotente y que, sartén por el mango, sazona el frito á su antojo y gana, vieja aspiración alimentada durante toda su vida y que, en las postrimerías exhaustas, al fin la ve satisfecha.

Lo cual nos prueba cómo anda en la Argentina eso de la libertad de sufragio, explicándonos de paso el por qué los legisladores le son tan adictos á su excelencia el primer magistrado, hombre que está muy lejos de ser el primer ciudadano de la tierra.

Véase lo que al respecto dice un argentino, Escalada, en el prefacio que pone á los pensamientos de otro argentino:

«Si se juzga de nuestra decantada libertad por la mayor parte de sus efectos, ella se parece más á la esclavitud qué á la independencia.

«En las provincias, en general, se vive la ficción de una república sin libertades, la ficción de *votar*, de ser gobernadas como pueblos civilizados, cuando en la práctica lo son como hordas semibárbaras, apenas dignas de un tutelaje perpetuo, de una tiranía esclarecida; y este *modus vivendi* esteriliza nuestras iniciativas, nuestros

esfuerzos, y nos hace juzgar á nuestra época bajo un prisma negro y desesperado.

« Pero, no porque hayamos practicado mal el régimen de libertad, y lo tengamos que practicar todavía mucho tiempo así... »

Escalada olvida que en su país se impone el *superávit* con el *déficit*... se pagan las deudas con nuevos empréstitos... se liberta con la tiranía... se hace justicia...

Pero escuchemos á otro argentino famoso, á Sarmiento:

« Costumbres de este género requieren medios vigorosos de represión, y para reprimir desalmados se necesitan jueces más desalmados aun... »

Esto es, como se ve, republicanismo puro, sin mezcla.

Estas democracias, ó gobiernos del pueblo por el pueblo, presentan siempre tan extrañas características, al extremo de que no es común que el observador distinga bien los matices en que se diferencian los imperios de las repúblicas, el autocratismo del libre pensamiento.

La población de la Argentina, cosmopolita, pesimista en materia de gobierno, no vota, excepción de los diputados y senadores, los cuales votan inclinándose, con el trasero, según la frase del autor de « Civilización y Barbarie ».

De ningún país como de este se puede decir con tanta veracidad que quien elige es el candidato, que busca los caudillejos y éstos á los electores.

El diputado en ciernes, pues, no hace giras, ni ofrece nada, ni se preocupa de algo, como aún se acostumbra en Europa, con el objeto de conmover á las pobres gentes del pueblo ó de las campiñas.

En las Cámaras, fuera de los hombres-adorno, enviados al Congreso para ornamento de la *galerie*, y que son contadísimos, los diputados son analfabetos, provincianos adustos, ex caciques de las tribus departamentales ó antiguos comisarios de roja historia.

El impudor se cultiva en la Argentina como si se tratase de una alta condición del espíritu; y en el colmo del amor á los « grandes golpes »—la expectación de la impudencia—hemos visto al presidente interviniendo en La Rioja para destituir por loco, así como suena, al gobernador de esta provincia, un tipo ni mejor ni peor que el resto de los gobernadores, pero que tuvo la audacia, un día de alcohólicos vahos cerebrales, de no juzgar con gran elogio la personalidad del presidente, y éste, á puntapiés con el sistema fe-

deral, dió en tierra con el pobre mandón en rebeldía.

No extrañará, pues, que de este coraje impúdico se llegue á la constatación siguiente, que á diario, en parecida forma, dan las crónicas políticas después del ejercicio noble del sufragio: San Nicolás, votantes 120, sufragantes 1,200; Lomas de Zamora, electores 400, votos sufragados 1,140; Patagones, 22 hombres en las urnas, 1.153 votos, etc.

En el local de una revista argentina, de mis más frecuentes visitas, sentí verter á un ministro del interior, campechano sujeto, de pura cepa criolla, este razonamiento no falto de profundidad: « como si ellos (se refería á los diaristas), estando en el poder, permitiesen la composición libre de las cámaras... ¡ vaya una jaula de grillos que nos tocaría de regalo parlamentario!.. ».

Por lo demás, como golpes terriblemente audaces, los hay, y variadísimos.

Uno de ellos, acontecido en Santa Fe, mientras se elegía gobernador, da la pauta de todo cuanto de bello encierra la práctica del sufragio no sé por qué llamado universal.

Un caudillo, Rafael Gismani, llega á la capital con una horda de miles de gauchos é indios elec-

tores, los cuales votaron, hasta las cuatro y media de la tarde, por el candidato oficial.

Como la elección, según la ley, cesaba á las cinco, y al ingenuo enemigo le quedaba media hora aun para sufragar, el caudillo mencionado subióse á la torre de la iglesia, y en medio del estupor de unas diez mil almas, tomó el minutero del reloj, que apuntaba las cuatro y media, y lo corrió media esfera, hasta sonar la campana y señalar el reloj las cinco de la tarde, hora del triunfo!

Con atentados de tal magnitud, en otro tiempo, era frecuente que las elecciones terminasen á balazo y puñalada limpios, para lo cual los adversarios « preparaban la gente » empapándola bien de bebidas espirituosas, como para que el valor no decayese en la brega.

De estas dulces corolas electorales salieron las austeras personalidades provincianas llamadas á dar prosperidad y justicia á la noble Cipangu, tan cantada en todos los metros de la poética americana.

La calidad de estos apoliticadores, americanófilos empeñados en emanciparse de los extranjeros y que la tierrra argentina jamás consigue emanciparse de ellos, la hechura de estos indivi-

duos nos la da un criollo, el doctor Carlos O. Bunge:

« Para sobresalir en la política gaucha, no se necesita saber sino imponerse por los compadrazgos...

« Al contrario, el saber estorba para adquirir la popularidad política...

« Por falta de móviles elevados, la política gaucha—política interna, naturalmente—es de una fe púnica.

« Pero á diferencia de la cartaginesa, su mala fe es embozada, enmascarada por conceptos rimbombantes, por frases *huecas y sonoras como campanas.*

« Todo cacique gaucho, de fuste, tiene siempre en los labios expresiones engañadoras, como *constitucionalidad, sufragio popular, voluntad de los pueblos, generoso sacrificio de los intereses de la patria* »...

En las cámaras ya, suelen guardar una circunspección bufa, convencidos como están de que el mundo les contempla, lo que no impide que su barbarismo espiritual ataque hasta la gramática:

—Dice muy bien el *cólega*...

Pero hay que sentir á los legisladores, en plena sesión, para persuadirse de la capacidad moral é intelectual que contienen tales cabezas; y además, si es posible, conocerles, uno por uno, en sus antecedentes públicos y privados: Balestra, *verbi gratia*, ex ministro de justicia, gran derrochador de fondos ajenos, que por quedarse endeudado y pobre, en 1894, vase de gobernador á Misiones, territorio limítrofe del Brasil, donde en un par de años, contrabando de tabaco viene y viene, levántase una fortuna bien merecida, pobrecito, ya que hizo el sacrificio de alejarse, á comarca tan lejana, abandonando lor círculos de sus aficiones; Coronado, tahur de generosas hazañas y propietario de respetabilísimas ruletas; Cané, grafómano impenitente, para cuyos partos literarios necesitó todo el dinero que se le envió á su legación, siendo él plenipotenciario, con objeto de pagar ciertas refacciones y averías del crucero « Garibaldi »; Pellegrini, otro tahur, pero habilidoso, incapaz de dejarse sorprender como el cándido Coronado; y otros, y otros!...

Así y todo, el Congreso recoge lo más selecto que tiene el país en discreción, cultura y sabiduría...

Fueron estas cámaras las que sancionaron, previo ahorcamiento de la Constitución, aquella ley, tan joven y tan famosa, llamada, sin ton ni son, de residencia, según la cual el presidente expulsaba del país al extranjero que más rabia le diese, si acaso no le pudo impedir la entrada al desconocerle.

Según la « carta fundamental », todos los hombres pueden entrar, salir, publicar sus ideas por escrito ó de palabra, enseñar, aprender, etc.

La ley de residencia ha venido á conceder este derecho, única y exclusivamente, á los nativos, gauchos é indígenas, como así también á los defraudadores del estado, expropiadores de los bancos, funcionarios malversadores y tahures de medalla parlamentaria.

El Congreso Argentino discutió el asunto, más ó menos, de la siguiente manera:

—*A* París y *á* otras partes *tenemos* esas leyes...

—¿Contra quién?

—Contra los huelguistas y los extranjeros *que hacen* huelgas...

El ministro:

—¡Votad la ley, por favor, sin tantas digresiones!...

—Bien, votaremos, pero se va contra la Constitución...

—No; y si á París hay *estas leyes*, ¿nosotros seremos inferiores?...

Las dos cámaras:

—¡De ninguna manera!...

Ningún legislador supo que se trataba de una ley *excepcional*, ni la palabra « excepción » aparece en el diario de sesiones, ni que la ley francesa estaba á mil leguas de la Argentina, lo mismo que la suiza, ni que tales *úkases* han quedado sin sanción moral, y fueron vejados, y hoy no se les usa; que los fundamentos del Derecho prohiben estas prácticas; que la libertad, por fin, sufre el golpe más rudo que dársela puede.

Pero de todo ésto, ¿qué sabía el Congreso, qué supo jamás?

Doy una prueba, todo un documento humano, de la moralidad y capacidad que tienen los legisladores de la ley de deportación y extrañamiento infamante.

Sesión del día 4 de junio próximo pasado: el honorable Coronado, dice — inculpado de tahurismo condenable —que sí, es verdad, él no puede arrojar la primera piedra, ni, como el profeta de Pelletán, cubrirse la cabeza de cenizas y lanzar grandes imprecaciones sobre la ciudad.

Pero si un juez sobreseyó el asunto...

Honorable Varela Ortiz: — « Yo no he podido pensar que los tribunales de la capital, tratándose de aplicar una ley contra el juego, fueran á considerar como club social á la más baja clase de garito que hay en la república; porque de eso se trata.

« ¿Qué club es ese Club Entre-Ríos? ¡No hay tal!

« En el momento que aparece la policía los que rodean las mesas escapan por las azoteas y balcones, y es necesario que la policía les aboque *revólvers* para detenerlos.

« Y esa casa, ¿por qué no decirlo?, para evitar la prisión, ha sido necesario exhibir la medalla de diputado nacional; y todas las declaraciones que constan en ese sumario casi coinciden en que el que exhibía esa medalla de diputado no era un simple jugador... ¡era el empresario de la casa de juego!

« Hay cosas extraordinarias en esto de la ley contra el juego.

« El distinguido señor gerente de la ruleta de Mar del Plata, fué tomado entre los jugadores sorprendidos en el Club Internacional de esta capital.

« Resultó que ese señor gerente de aquella ruleta era el presidente del club sorprendido y el mismo que depositó 27,000 pesos á la orden del juzgado y como fianza para la libertad de los 27 que cayeron bajo la garra policial.

« Entretanto, los presos por entretenerse en juegos prohibidos, vivían en pleno banquete que el Café de París les servía en las piezas que ocupaban en la policía.

« Y dos días antes de que el sumario pasara al juez, el mismo juez que debía entender en la causa, se dirigía al comisario de policía que lo instruía, pidiéndole pusiera en libertad al distinguido señor gerente de la ruleta de Mar del Plata y presidente del Club Internacional que resultó ser un garito.

« Después... después el juez correccional doctor López García, sobreseía provisionalmente »...

Honorable Castellanos: « Los mismos jueces (*sotto voce*) encargados de aplicar la ley juegan en esos centros sociales.

« Pienso que la cámara no tiene por qué ser tan celosa de la fama de sus miembros, ni nosotros por condescendencia oficiosa podemos poner en la picota á uno de nuestros colegas.

. . . . . .

« En cuanto al diputado aludido, que busque su vindicación por medios propios. La cámara no está obligada á tomar en cuenta los decires de los diarios ».

Honorable Orma: — « Ya no son los diarios los que lo dicen.

« Un diputado acaba de decirlo: cuando se sorprendió esa casa de juego, resultó ser un diputado nacional su propietario ».

Honorable Castellanos: — « Que lo investigue y se justifique el interesado »...

Y bien, agregamos nosotros, ¿falta aquí impudor, desprecio de la opinión pública que reflejan á veces los periódicos?

La Argentina es así: los diarios acusan á los magistrados y empleados públicos de prevaricar, malversar, defraudar y robar los dineros del pueblo, y los dirigentes responden que no se debe escuchar lo que digan los diarios ni ellos tienen la obligación de ser celosos de su fama, lo que equivale, como se deduce, á abrogarse carta blanca para cometer impunemente, parlamentariamente, mejor dicho, todas las inmoralidades posibles.

Y es que en el político criollo, el ánima gaucha vive inconmovible, como esencia involucio-

nable, alma primitiva, con una lejana y fría noción del bien y del mal extraños, preferiblemente con tendencias á gozar en el perjuicio ajeno, en el dolor ajeno, tal como fueron Rozas, Quiroga, Aldao y López, y otros que viven hoy y que son como López, como Aldao, como Quiroga y como Rozas.

Es necesario enterarse de la historia argentina, después de 1810, para valorizar los sedimentos morales que, legados por los ancestrales, perduran en nuestros días, nada más que ligeramente disfrazados por un barniz de civilización.

He conocido tipos que empalidecerían, con su actuación acanibalada, todo cuanto se puede decir del político gaucho.

Y es que la civilización no vino jamás de la pampa.

Hay que ver al político cuando reentra en su medio, al bonaerense que va á la campaña, á las provincias, á los territorios apartados, donde se halla á campo traviesa con sus instintos despiertos á la acción atávica, y no como en la cámara, obligado á contenerse por aquello de que... el mundo les contempla...

Hasta hace poco se vivía en la Argentina á revolución diaria, hoy en Catamarca, mañana en

Santiago, pasado en Corrientes, y al otro en cualquier provincia, yendo una intervención nacional, muchas veces, con el encargo de intervenir dos provincias á un mismo tiempo.

¿El móvil de las revueltas?..

Combatir la dominación y el fraude... para conseguir un poco de fraude y de dominación.

Por lo demás, como ya lo observó mi hermano Grandmontagne, el *substractum* intelectual de los políticos, provincianos ó bonaerenses, es de una « ignorancia que tira de espaldas, supina »...

Desde luego, no puede pretenderse que la libertad vive en Sud-América, sino como vive el que duerme; una vida en suspenso, en una especie de letargo; es la libertad del que no tiene pies, ni manos, ni ojos, ni oídos.

El país á quien esa libertad pertenece es libre, con esta sola limitación: de no poder usar de su libertad indisputable.

ALBERDI.

Estado judicial

A Alberto Ghiraldo, en Buenos Aires.

Cierto que la justicia por doquiera no va derecha, que en otras naciones los escándalos suelen ser órdenes del día, que de sajonas ó latinas tierras puede decirse dos cuartos de lo mismo.

Sin embargo, lo que acontece en la Argentina tiene particularidades excepcionales, añejas, corrientes, hechas hábito de la población.

En cualquier país, una barbaridad judicial levanta una polvareda de comentarios y anatemas que dura, por lo menos, uno ó dos años.

En la Argentina no; las barbaridades judiciales se empalman unas á otras, como los problemas económicos en perpetua espera de solución.

Mensajes tras mensajes, hablan los presidentes de la sentida necesidad de una reorganización de la justicia, todo un *ritornello* que se repite un período y otro período legislativos.

Pero cuando la nota crítica súbese de color, ó no se sabe por dónde empezar, ó se van á lesionar, ésto se presabe, tales intereses, que, todo ser indeciso, déjase el trabajo para oportunidad mejor, si se presenta, y he ahí como tal *stato quo* marcha, mal que ello parezca un contrasentido.

Así como los mensajes presidenciales reconocen de mal grado lo que todo el mundo está cansado de palpar, los discursos de las cámaras, no queriendo ser menos que los del presidente, comprueban la misma deficiencia, y año por año, poco antes de concluirse el período constitucional, agua que va; queda la justicia como chupa de dómine.

El año anterior, casualmente, tocóle el turno al diputado Juan Angel Martínez, el cual probó á sus colegas de recinto que la opresión colonial impregnaba todo el actual sistema de la justicia criolla.

Este año le cayó el turno á otro legislador, y el venidero á otro, y el orden de los hueros discursos seguirá su ruta en los juegos florales del parlamento nacional que ya conocemos; y la injusticia, nada, sin novedad en su importante salud.

Entretanto, el juez Navarro forjará procesos que exijan presidio por tiempo indeterminado, siempre contra el obrero que caiga bajo el azote suyo, bastando para ello que el triste inmigrante pertenezca á un centro de resistencia operaria, á una «casa del pueblo» ó á la redacción de un periódico gremial, *El Obrero*, por ejemplo, escrito por el panadero Francisco Berri, una de las víctimas de dicho juez.

Tal como anda en el país la dignidad político-económica, tal anda la de los magistrados.

Efectivamente, al juez Ponce de León, la Cámara de lo Civil, sentencia tras sentencia se las revoca; al juez Madero, de lo criminal, ídem, no sólo por empeñarse él en que ha de condenar á muerte á todos los homicidas, sino también por congratularse de no tener necesidad de hablar y ver á sus condenados, á los que mata sin conocer; lo cual, según Madero, le honra; y al juez Navarro, ahora poco, el juez French, de primera instancia, le acaba de absolver seis procesados que Navarro los presentó con causa suficiente para ser condenados á presidio perpetuo, y que French manda ponerles en libertad por falta absoluta hasta de semiprueba del imputado delito, seis obreros á quienes Navarro tomó ojeriza profunda

por ser concurrentes á un *meeting* de protesta que hizo la clase trabajadora contra la justicia criolla y el mencionado juez.

En el Paraná se le forma juicio político, por malversación de fondos públicos—¡bendito dinero!—á otro juez, Urquiza; y en la provincia de Buenos Aires, el magistrado Aurrecochea se mete á competir con el estado en la fabricación clandestina de moneda, cuando ésto sólo le está consentido á las provincias en quiebra ó la nación en descrédito.

Todos estos jueces se comunican sus *inconvenientes* con la misma sangre fría que los escolares, empedernidos por las penitencias, hablan de un blando castigo que se les imponga.

Los fiscales están vaciados en los mismos moldes de los jueces, y un Jorge Morris, de Santa Fe, que, según *La Opinión* de esta localidad, hace de abogado, escribe defensas, admite consultas y cobra fuertes honorarios, un fiscal así no llama la atención de nadie, y bien le hubiese venido á un pobre tipógrafo, Adrián Noisi, á quien el juez Astigueta tuvo preso, por falsificador, durante trece meses, al cabo de cuyo tiempo otro magistrado encontró que se trataba de un inocente á quien se le debía volver á la libertad.

Decir que la justicia criolla, por lo enunciado, es desapiadada y cruel sería calumnia, bastando conque recordemos, para probar lo contrario, el caso del reverendo Bertrana, de la Cárcel Correccional de Menores, padre tonsurado que llevó á cabo una porción de refinadas torturas en otra porción de niños, relatadas meticulosamente por los diarios y fotografiados, por las revistas, todos los artefactos que usaba el clérigo para emparedar y disciplinar la turbulencia infantil, cajas, fierros, poleas y cuerdas, todo lo cual, fallada la causa, no le mereció, al criterio del juez Gallegos, más que una condena de unos días de arresto que el padre Bertrana cumplió, creo que en su propia residencia, fundándose los considerandos en que la parte dañada, los infantes destrozados, no entabló la acción criminal correspondiente, por cuya razón el mínimo de la pena se imponía...

En cambio de esta discreta aplicación del Código Penal, la justicia se desploma con todo el rigor de la ley si se trata de grandes bandidos, como, *verbi gratia*, un mayoral de tranvía que le disparó un tiro de revólver al jefe de una estación y en momentos que el mismo jefe le apuntaba con otro revólver, saliendo ileso el jefe; y el mayoral, merced á la energía del juez Veyga, condenado á diez y siete años de penitenciaría.

¡Templanza y energía!—tal es el concienzudo frontis de la Justicia argentina, puesto tan á lo vivo en práctica que, á lo mejor, sobre un mismo procesado caen las dos cosas; y hoy condenado á muerte y mañana libre, en el país, no asombra sino á *La Nación:* «nuestra sociedad ha recibido con sorpresa la noticia del indulto de un criminal, quien salvó de la pena de muerte, y que ha salido libre después de nueve meses de penitenciaría, debiendo sufrir la pena de quince años de presidio.»

A pesar de todo, aún de los 400,000 pesos que percibe la comisaría de investigaciones, de cien delitos, ochenta y ocho quedan impunes, según la estadística, charlatana que suele echar á rodar muchas bellezas.

Quizás por ésto, y á raíz del asesinato *misterioso* de un inglés, la graciosa Victoria, de Inglaterra, según Barzini, hizo colocar, en las estaciones de la Gran Bretaña, el aviso que sigue:

El gobierno de S. M. la Reina hace notar á los súbditos ingleses que en la República Argentina la vida no está garantizada.

La cosa, sin embargo, asombra, porque en la república, si hay extranjeros cuya vida y hacienda estén garantizadas, ellos son los ingleses, indi-

viduos que se hacen justicia por sobre pabellones y fronteras.

En Concordia fué muerto, por un caudillejo criollo, un inglés; y la justicia, á pesar de las instancias del cónsul británico, no dió con el matador, aunque todo el mundo lo conocía; pero la huéspeda, que es indiscreta como una estadística, tomó en la ocasión la figura de un padre adolorido por la muerte de un hijo, asesinado por el mismo matador del inglés, y entonces, un torpedero de su graciosa majestad, de facción en las aguas del Plata, llegóse al lugar del hecho, desembarcó su tripulación, la tripulación prendió al asesino, en una taberna, y se lo llevó á bordo, en medio del estupor de las gentes que escuchaban de los marinos ingleses sentencias de la siguiente índole:

« Si leyes argentinas para nada servir, leyes inglesas ser justas y servir para todos »...

En cambio, los inmigrantes italianos, vejados, escarnecidos, robados y muertos por un quítame allá esas pajas, no gozan desgraciadamente de las mismas tolerancias ni prerrogativas que otros extranjeros, aunque franceses y españoles no estén mejor considerados y atendidos.

Así, cuando la policía, por ejemplo, perpetra una barbaridad, y las perpetra con demasiada frecuencia, antes de acudir el inmigrante al cónsul ha de haber llenado los requisitos que el representante llama primordiales: 1.° inscribirse en el consulado, previo pago de lo que debiere por papeleta, visación de documentos, etc.; 2.° no tener deuda judicial con la justicia patria; 3.° probar que se recurrió á todas las autoridades argentinas, por escala, hasta el presidente de la república; y 4.° acompañar la queja de un fundamento jurídico, vale decir, de una prueba acusatoria irrefragable; sin todos los cuales requisitos no hay lugar á la protección del representante.

En lo mejor de las ocasiones, los hechos pasan del siguiente modo, que copio de *La República* del Rosario:

« En el caso Orestes Franconi, azotado en la comisaría 7.ª, lo mismo que en el del obrero mecánico Domingo Barolo, apaleado brutalmente en la sección 8.ª, el encargado del consulado de Italia se ha limitado á ir al Departamento de Policía á hablar con el Jefe Político, á interrogarle respecto al asunto, quedando satisfecho con los informes que dicho funcionario le daba, por

cierto todos favorables á la policía y contrarios al denunciante.

« Después de ésto el encargado del consulado se limita también á enviar al Ministro de Italia en Buenos Aires el diario con la denuncia y la copia del parte de policía, en que se dice todo lo contrario, y así quedan las cosas: los italianos expuestos á los abusos de las autoridades, y el encargado del consulado tan amigo como siempre de los jefes superiores.

« Lo más original del caso, en lo que respecta á Barolo, es que un diario oficial dice que el encargado del consulado le ha informado que las heridas que éste presenta en el cráneo se las ha producido él mismo cayendo sobre los adoquines. Esto es el colmo: téngase presente que todas ellas están situadas en la región posterior de la cabeza, en donde se reunen los parietales con el occipital, y haber si hay una persona sensata que pueda creer que el individuo ha podido caer cinco ó seis veces de punta, como un huevo, dando la parte superior del cráneo en los adoquines.

« Si las tuviera en la cara, en la frente, por ejemplo, esa estratagema podría pasar, por más que el herido ratifica la denuncia en todas sus partes, pero estando en lo que se llama vulgar-

mente la corona de la cabeza ¡quién lo va á creer!

« Por otra parte, si es ese el informe del encargado del consulado, permítanos dicho representante que dudemos de su imparcialidad en favor de sus connacionales ».

En la Argentina, desde las emisiones de moneda á las palizas que la policía carga sobre el *gayego* ó *gringo*, si es italiano ó francés, y á la administración de justicia, todo es clandestino, á puerta cerrada, medioeval. A título de que el jurado no disminuye el delito, aparte de permitir á gente indocta el juzgar, se continúa procesando entre dos paredes, usando para las confesiones desde el plantón de diez á veinticuatro horas hasta el empujón, la puñada, el machetazo y algo peor á veces.

Como en los tiempos de Luis XVI vuélvenos á hacer falta un Voltaire que declare la guerra al procedimiento clandestino de los tribunales, ya que ningún Montesquieu abolió todavía la barbarie del Código Penal de la Inquisición, vivo aun á pesar del « Espíritu de las leyes ».

Decía Saint-Just que si no conseguía dotar á Francia de costumbres morijeradas, sensibles é inexorables contra la tiranía legal y la injusticia hecha juez, prefería matarse á puñaladas.

Si en la Argentina tomasen, las gentes administradoras de sentencias, el oficio tan en serio como lo pretendía Saint-Just, ó debieran vestir de luto—« los asesinos vestirán de luto »—ó, á la fecha, los tribunales estarían mejor ocupados, ó vacíos, que sería lo mejor, y los Navarro, Madero y otros descansarían en paz, libre el propio pecho de un corazón que para nada les sirve, y, el gran país... libre de ellos, los únicos seres peligrosos para la tranquilidad pública, y no los inmigrantes.

Por lo demás, aunque sólo se pronuncie la benevolencia, previos diamantes en áureo engarce donados á la esposa del juez por las partes en litigio, por lo demás se dice que el jurado sería deplorable en manos de tenderos, nada menos, que ni la glándula pineal les es conocida.

Con los argumentos que se oponen á la implantación del jurado, niegan los revolucionarios socialistas el derecho de juzgar.

Verdaderamente, ya que en esta tierra la gente de arriba se conduce siempre con ausencia del juicio de la opinión, podían continuar prescindiendo aun de las explicaciones.

En el depósito de contraventores de la Capital, la policía mató á palos á un tal, de naciona-

lidad italiana, Tallarico, cuyo cadáver acusador todavía no ha aparecido, á pesar de haberle dado entierro la misma policía; en Mendoza se hizo cosa análoga con otro, italiano también, llamado Catestini; un cabo de la sección 22.ª hiere de muerte á un español, Antonio Gómez, porque éste desconoció su autoridad de palabra; un francés, peluquero, se vuelve loco y cierra su salón, en Mendoza, y porque el oficial de policía fué recibido descortésmente por el enajenado, la autoridad lo fusiló en su propia casa, á ojos y paciencia de un grueso público; en Santiago, el caudillaje penetra un buen día en casa de un tal García, diputado, y le asesina; todo dios conoce á los criminales y la autoridad vese, no obstante, rodeada del misterio, hasta que un juez, de la oposición quizás, da con uno de los asesinos y ordena su prisión, procesándole; pero era tan respetado este excelente Portas, un ex comisario, que la policía una mañana dicen que se encontró con la celda vacía.

Pero los casos se multiplicarían á lo infinito.

Vayan los dos siguientes que apunta *La Época*, del Rosario:

En Melincué, capital del departamento General López, la policía prendió al obrero Juan de

Lucas, creo que por cuestiones de salarios, y el comisario, sin irle ni venirle nada en el asunto, la emprendió con el pobre italiano á palo tendido, ayudado en la tarea por otro empleado, Fulco.

«... no menos sorprendente es que el individuo no aparece ni vivo ni muerto, después de los 110 azotes pegados por Fulco, que quedó casi muerto, habiendo perdido, según otros que lo vieron al día siguiente de ésto, el ojo izquierdo y teniendo completamente el cráneo destrozado.

« Otra queja de las autoridades del departamento General López llega á nuestra mesa de redacción :

« Al vecino de Orellanos, Eleuterio Fernández, se le ha tenido encerrado en un calabozo cuarenta días á pan y agua.

« Al ponérsele en libertad y reclamar por la causa que había motivado su prisión, el comisario Avila lo amenazó que por cada reclamación que hiciera iban á ser otros cuarenta días más!

« Por lo visto, aún está en auge en nuestra provincia la Inquisición, teniendo su asiento principal en el departamento General López ».

Con todos los periódicos de la república, cortando tropelías públicas solamente, se puede escribir un gran volumen bajo el epígrafe: *La última potencia del dolor...*

En la estadística, el número de los crímenes impunes y punidos, sube, sube; y son los victimados, en mayor cantidad, extranjeros.

Coincide con ésto una resolución, fresca aun, de la Cámara de Comercio Italiana, la cual resolución, que es todo un grito doloroso, pide, para el hombre que se expatria, que en el país de su elección se le ha de otorgar, por lo menos, « rectitud en la justicia, igual para todos, pobres y ricos, humildes y poderosos »... lo que fué respondido de esta suerte por el órgano del presidente:

« En la Argentina los crímenes no llegan á tanto como en otras naciones europeas »...

Entre paréntesis: población de la Argentina, 4:000,000 de habitantes.

Para razonar falta inteligencia; y se procede, como hemos visto, sin decoro ni dignidad, sin cubrir ni las apariencias, todo un desprecio soberano de la opinión, un encogerse de hombros que pasma, navegando siempre en el amoralismo más sombrío, con una conciencia anestesiada que bien se pudiese tomar por nativa, congénita.

Yo no sé qué padres hicieron á tales hijos, ni tampoco si salieron de madre humana, ó si el misterio de la pampa, en días no lejanos, arrojándoles á las ciudades, de Alaricos los convirtió en jueces, fiscales, esbirros...

Los argentinos se quejan, bravíos á veces, de que estando la tierra tan depreciada en los territorios desiertos, no se lancen á conquistarla los inmigrantes.

Es que la justicia, la autoridad ejecutiva sobre todo, es terrible en estas comarcas; y, al cabo de diez años, el extranjero se expone á que le acontezca lo que á Gaetano Fabiani, trabajador de Rawson (Chubut), á quien un día, por el crimen de ser «gringo de porra», que hablaba de política «demasiado», entre el ayudante de la subprefectura y otros acólitos subalternos le propinaron una paliza de tente tieso, padre y señor mío, desmayándole, hiriéndole y robándole cien pesos antes de incomunicarle veintidós días.

Afuera no hay dios que resista, y cuando se tiene más suerte, que no lo matan á uno, le roban, como sucedió con la testamentaría Lalanne, fallecido *ab intestato*, y la sucesión de Benzoni, donde el juez se apechugó con 2,500 animales de aquél y todo el dinero de éste...

Juez: Baltasar S. Beltrán; lugar: Pampa Central.

«Declaran los firmantes que esos cargos y otros que citan en su exposición, son una mínima parte de los que pueden hacer al juez letrado

y demás funcionarios judiciales que con él actúan en dicho territorio.»

No hay prerrogativas de Sultán que no se abrogue un juez ó un gobernador ó un comisario en el interior de la república, y... ¡ahí va un balazo para el adversario!.. á quien se mató—esto se prueba luego—en defensa propia!

En familia á estos crímenes se les llama *desgracias*, como entre los gauchos.

Cuando un juez, como Navarro, lleva un asalto de horda india y destroza una casa (puertas, muebles y todo lo que halle como obstáculo), los otros colegas, siendo ya notorio el hecho, lamentan la *desgracia* del cofrade.

No recuerdo uno solo de los congresos obreros, importantes todos ellos, celebrados en Buenos Aires, que no haya dado un voto clamoroso de protesta contra las *desgracias* de jueces y policianos, los cuales hicieron tanto caso de estos votos como de la carabina de Ambrosio, bastándoles con que el presidente no les enviase una reprimenda, si acaso, que no sería la única ocasión, su excelencia en persona no ordenaba el atentado cometido, porque eso de la dignidad es cosa que ni produce el país, ni si la hubiera llegaría á tanto que trascendiese.

Una prueba del acatamiento y de la esclavatura en que se sancochan los magistrados de la república, la dió la Corte Suprema de Justicia á raíz de los recursos de *habeas corpus* entablados contra la ley de residencia, sanción vista con malos ojos por casi todos los jueces camaristas, pero á la cual, por terror á S. E., ninguno se animó á ponerle el veto, yéndose por las ramas á cada nuevo caso que en postrera apelación les fué á las manos, cobardía que llegó hasta producir en el público esa especial risa que nos provocan los femeniles miedos á los ratones, cobardía que sólo puede nacer en un medio asalvajado, donde porvenir y presente se hallan á merced de un sátrapa, presidente, gobernador, juez ó esbirro.

Pero... todo vaso se suele llenar!...

La vida privada es á la vida pública lo que el cimiento de una pared es á la parte visible y exterior de esa pared misma.

¿Cómo juzgar de la firmeza y estabilidad de la pared, sin descubrir, ver, examinar sus cimientos?

ALBERDI.

Estado social

Á Francisco Grandmontagne, en España.

Desde antes de 1810 á nuestros días, están en abierta pugna, en la Argentina, « dos civilizaciones distintas, rivales é incompatibles — según el aserto de Sarmiento — la una española, europea, civilizada, y la otra bárbara, americana, casi indígena ».

Fué el móvil de las dos, en la guerra social, absorberse, ó la bárbara á la civilizada ó viceversa; y los escritores criollos, con sus panegíricos estupendos á favor de la barbarie, contribuyeron no poco á más pronunciarse esta lucha, de la cual salió la mala gestadura de un tipo antro-

pológico que hoy es multitud en la república, una mezcla de *maffioso,* de bandolero y de elector: el *compadrito.*

El *compadre* es un derivado etnológico del gaucho, y tiene, por tanto, su origen en la pampa, donde la naturaleza le desenvolvió « las facultades físicas, sin ninguna de las de la inteligencia », en cuyo lugar alardea de valiente por no tener otra ocupación más útil, sacando, á cada momento, presto, á relucir su cuchillo, « describiendo círculos en el aire á la menor provocación, ó sin provocación alguna... jugando á las puñaladas como jugaría á los dados », estando tan profundamente arraigados « estos hábitos pendencieros en la vida íntima del gaucho argentino»... que ya se puede calcular, de costumbres tan inveteradas, cuál será el medio creado en la trifulca diaria que arman estos elementos, el civilizado y el bárbaro, en sus impenitentes anhelos de absorción.

Existe una literatura cantadora de las pasiones gauchas, cuya narración es todo un idilio de presidio, de crimen, de puñalada toma y daca, libros que produjeron dramas para el teatro, teatro que hizo algo más que un... Guillermo Tell de cada nativo alzado contra una autoridad más

alzada todavía, en fin, todo un pueblo delirante que se educa en el ejercicio del trabucazo abocajarrado al primer hombre que en forma de italiano cruzárase en el camino del criollo.

Asegura Darwin que el gaucho no tiene nada desarrollado el sentimiento de la simpatía, todo al contrario de lo que afirman los poetas argentinos, los llamaremos así, que hacen del indígena un Jesús, sentimental y cantor *(payador)*, con una entraña amorosa y noble, para la hembra y la sociedad, sin límites.

Yo, que conozco á la Argentina, me aproximo á Darwin en el juzgar.

Para el gaucho, el extranjero es un ser inferior, cobarde, avaro, nada perspicaz para todo aquello que no sea « hacer la América » — frase con que se rebaja al inmigrante, de quien se estima que « roba la plata » (entendido por dinero), de los indolentes criollos, indígenas nada habituados á la moderna forma del trabajo, ni á la antigua tampoco.

Hasta hace poco vivió el gaucho del abigeato y del juego, pero hoy que la propiedad tiene su cancerbero garantizador, no siendo apto para los trabajos agrícolas ni industriales, juega solamente, contándose á millares los criollos que al juego

deben su posición, si acaso la mala sombra de la caserna no les absorbió, inutilizándoles de paso.

El gaucho venido á la ciudad en otros tiempos, no tuvo más remedio que trabajar y jugar; jugar, eso sí, sobre todo, ocupándose de trabajos mixtos, cuasi comerciales, cuasi políticos, más tramoyista que mercantil.

Entroncóse con los grandes terratenientes y hacendados, burgueses mestizos que descendían de españoles y criollas, y cuando menos se le esperó, hallósele dominándolo todo, gracias á la política, á los negocios sobre concesiones, á las emisiones de papel moneda y á la irrestibilidad de los bancos.

A pesar de su aversión innata á los europeos y « del implacable odio que le inspiran los hombres cultos », vistióse el gaucho extranjerizamente; antes ya se hubo adoptado, por escrito, todas sus instituciones; después edificó, monumentizó, literatizó y sufragó con el mismo aparato y la misma postura usados en el viejo mundo, no obstante lo cual, el gaucho, el ser amoralista, sin el desarrollo de la simpatía y de la humanidad, quedóse vivo, en todo, reforzado aún, más peligroso que en su silvestre origen.

Evolucionó la forma y se estacionó la esencia, como lo gritan los hechos.

El que ayer robó hacienda, hoy saquea los bancos; las cartas nerviosamente manejadas en el tabernucho de la pampa, se convierte en la gran ruleta del *club*, y la puñalada dada de matrero á extranjis es hoy una sentencia de cualquier juez, una ley del parlamento ó una barbaridad de la policía contra los obreros en huelga.

¡Siempre el alma gaucha, describiendo con su cuchillo círculos en el aire!

De cuatro millones (ya he dicho que el gobierno se empeña en que son cinco), de habitantes que tiene el país, más de la mitad no saben leer y menos escribir: 2:462,000.

De éstos, incluso los diputados, la mayoría son criollos.

Claro que los delitos comunes siguen una progresión geométrica á la progresión aritmética que marcan los diputados y gauchos analfabetos.

El término medio, pues, de la cultura argentina es cero—según la estadística—y como re-

sulta axiomático que de una deficiencia de cultura sale otra deficiencia de conducta pública, la moralidad circulante es también igual á cero.

La oficial está bajo cero, en efecto:

a) gastos durante la visita del presidente del Brasil . . . $ 5:000,000;
b) ídem ídem ídem de los chilenos . . . . . » 4:000,000; y
c) ídem ídem ídem nueva de los brasileños . . . . . » ¡la mar!

Suma total de ídems... una bagatela, toda ella en menos casi de un año; lo cual se hizo, en parte, para ser fastuosos, adornando una ciudad, como cree Ghiraldo, de suyo fea, que aspira á ser París – no una *petit* París—«donde se gasta mucho, hay mucha alegría, muchas diversiones, mucho lujo»...

Porque el gaucho es así, vanidoso, grotescamente narciso, arrastracuero como él solo.

El lujo argentino es ya célebre: una noche de la temporada de Ópera uno cree hallarse, no en Persia, ni en París siquiera, sino ante una corte salomónica: orquídeas de brillantes, anémonas de brillantes, diademas de brillantes... y sedas, capas y tapados femeninos, importados de Europa, de precios exorbitantes, regios, imperiales!...

Ha de provenir de aquí ese enloquecedor afán de juego que en el gaucho de *jaquet* es grave manía, ya que en un país tan pobre, tales brechas abiertas en la fortuna no se pueden cerrar con el trabajo.

Pero el vicio tahuresco es añejo entre los criollos; todos los emancipadores jugaron—en Londres, en París, en Buenos Aires—y hasta Quiroga, famoso tirano del interior argentino, que no tenía necesidad de cartear dineros, puesto que los tomó siempre donde los halló, jugaba—verdad que al uso baratero: gano si pierdo, y si gano, gano...

Durante la presidencia de Juárez Celman, corría de tal suerte el oro sobre los tapetes, que los *habitués* de Monte-Carlo inmigraron á Buenos Aires como á Baden-Baden.

En 1899, según leo en una geografía comercial de los señores Courtaux y Guzmán, ciudadanos argentinos, cada habitante de la república jugó por valor de *treinta y cinco pesos;* y año por año la cifra terrible en la estadística aparece: 1902, pesos jugados en hipódromos y loterías autorizadas, 45:023,152 (datos de Latzina, también ciudadano argentino, que publica en su Anuario de la capital).

Por lo demás, el hecho no es un misterio, y, lo que se publica sólo es el mínimo de lo jugado, que, con ancha manga, se pudiera tolerar, ya que el tahurismo se extiende á todo, en fiebre arrebatadora, jugándose sobre expedientes, matrimonios, campos, loterías clandestinas, aparte de lo que rula en los frontones, velódromos, centros y círculos, bolsa, etc., etc., deportes sorbedores del seso que presentan á la república dando la sensación de un monstruo Monte-Carlo, levantado sobre la más extraña Pompeya que el océano descubriere.

Entretanto, las pocas fortunas extranjeras que inmigraron para ser destinadas al trabajo, con franqueza, no me explico qué esperan, por qué no emigran. qué infausta esperanza aun les mantiene apegados á un país despilfarrador, inepto para la vida económica previsora, amoral para el trato social, vicioso por su mórbida herencia; democracia en pleno desorden, con muecas simiescas y regresivas, rictus atávicos que les da por el jaleo carnavalesco, usando condecoraciones del León del Sol, cruces comendadoras, cordones de la Anunciación (orden de Italia), y entorchados de grandeza ducal ó aprincipados...

De aquel español, *anima vili* del caballero de

la Triste Figura, pero rico de ideas en tierra ajena, pletórico de carácter é intuición —y de este italiano laborioso, ecónomo, industrioso y tan progresista como un yanqui, nada, absolutamente nada se adhirió al alma gaucha, como no haya sido lo malo de las modalidades ítalo-ibéricas.

El contado elemento intelectual que tiene el país es extranjero; en las redacciones de los diarios, extranjeros; á cargo de los grandes laboratorios, extranjeros; las industrias agonizantes ó de lánguido arraigo, en manos extranjeras; el colono, extranjero; y los escasos argentinos intelectuales y de superior valía, ó no quieren ni oir hablar de sus connacionales, ó se hicieron internacionalistas.

En cambio, el criollo está en el garito, jugando, ó en las cámaras, charlando, ó en el gobierno, robando, ó en la magistratura, barbarizando, ó en la pampa, insultando á los que, dice él, « le roban la plata », los inmigrantes.

Politiqueando y barajando, ¡oh!, el criollo está en su ambiente.

El jefe de policía, Beazley, en un accidente sufrido durante un asalto, en el «Círculo de Armas», vese obligado, por su herida, á ser asistido en una de las salas de dicho local.

Convaleciente ya, todavía en la cama, sita en la sala de juego, Beazley juega, recostado sobre almohadas; y como jugar... pues, vaya que juega fuerte!

Después, la jefatura de policianos manda apresar á los chicuelos vendedores de periódicos que, « á los cobres », es decir, á las chapas, se birlan los centavos del salario...

Cuando la política no produce, ella también atacada por la crisis, se cultiva el sangriento fruto del burdel, explotación cuyo privilegio único está á cargo de funcionarios policiales, subalternos ó superiores (según la categoría de las mancebas), y todo porque sobre el tapete verde no siempre hay barato que cobrar, él también atacado por la crisis.

El jefe de la policía del Rosario, Octavio Grandoli, además de ser propietario de una mancebía, parece que era dueño de la casa que ocupaba un sombrío café, habitado por germanas, tristes maceradas que ofrecían su carne á poca costa; y el hecho se hizo público gracias al diario *La República*, local, y merced á la amarga queja interpuesta por el director de un centro de enseñanza que vió, tiempos atrás, establecerse próximo á su casa de educación aquel foco de mise-

ria social, altamente desmoralizador para sus jóvenes, de ambos sexos, discípulos.

Se exigió, por tanto, que se cumpliese la ordenanza municipal que prohibe el establecimiento de tales casas en la proximidad de instituciones como la de la referencia; y Grandoli, haciéndose eco de la reclamación, inmediatamente mandó trasladar, no el burdel, el colegio!...

¿Que un propietario, aún siendo jefe de público orden, puede de su propiedad hacer lo que en antojo le viniere y cuidar de su renta siempre?

Convenido, que para eso dice don Agustín Alvarez, criollo:

«Nosotros tenemos dos morales distintas y ninguna verdadera: la moral pública y la moral privada, cada una de las cuales puede coexistir con la peor inmoralidad en el lugar de la otra, como el aseo de la cara con la mugre de todo el cuerpo; dos sistemas de honestidad: el de los que

pueden y el de los que no pueden defraudar; dos clases de capacidad administrativa: la mala, que reside siempre en los que gobiernan, y la buena que siempre reside en los que no gobiernan ».

Todo lo cual, escrito y difundido por propios y extraños, no impide que la vanidad argentina lo tome á ofensa; porque, para rumbosos ahí están ellos; nadie les gana á genio ni á grandeza, ni á mirar alto, ni á pisar en sólido...

—« ¡Somos criollos, señores! » — decían varios en una asamblea socialista, para indicar que la cuestión social no les incumbía.

El substantivo les resulta olímpico, y no hay tipo de ninguna clase que, frente á un extranjis, no se inflame de orgullo con tal nombre.

Se cuenta que un pobre gaucho, perdido en Italia, fué presentado á alguien con la inútil enunciación de que era extranjero, y le sonó al mísero argentino tan mal la simplísima palabra, tan insultante le pareció el agravio, que, sin apercibirse de que pisaba Italia, todo indignado repuso:

—¿Yo, extranjero?, ¡si soy más criollo que bota de potro!...

Y no se atribuya el espíritu de esta respuesta á mera ignorancia, porque, quizás, la ufanía de

otro criollo más culto, de esos que *en vida* se sienten estatuas, se hubiese lastimado de igual suerte; y si no véase este ejemplo de infladura:

Por meritorias y cuidadas y cautas insinuaciones del director de la Biblioteca Nacional, publicista francés, M. Paul Groussac, cerca de las formidables personas Miguel Cané, Carlos Pellegrini, Francisco Beazley y otros, todos auto considerados centellas del genio humano — resolvióse dar una serie de conferencias artístico-filosófico-sociales con el concurso ilustrado de varias eminencias que el torneo de Europa destaca en nuestros días, de entre las cuales se designaron, para las primeras tenidas, á Jean Jaurés y Anatole France, á quienes, al efecto, se les escribió, obteniendo respuesta favorable de M. Jaurés y esperándola de France, iniciativa, que, conste, fué apoyada en principio por el gobierno del general Roca.

Pero, apareció el « somos criollos, señores! » y ¡adiós conferencias!...

Lo que hubo es sencillo: un abogado, de espíritu avieso y endiablado, encontrándose con Miguel Cané, los dos camino del Congreso, le comenzó á hablar sobre si ó no era, « hasta cierto punto », denigrante, humillante y rebajador eso

de pedir lumbreras nada menos que... al extranjero... aparte de que se ofendía á las que vivían en el país, « criollas de buena ley »...

Huelga decir que en la inmediata entrevista que para tratar el asunto tuvieron los miembros de la comisión receptora y organizadora — Cané, Beazley, Pellegrini y el resto de Sénecas—se puso á MM. Jaurés y France como nuevos, entre tachas, peros, y si eran ó no socialistas ó anarquistas, y si tratarían de la ley de residencia ó de la cuestión social, ó de todo á una, y si á la postre valían tanto cuanto se prejuzgaba...

La conclusión unánime fué negativa, ya que, del Cané más chico al Cané más grande, todos se reconocieron eminencias, y de alcurnia intelectual superior á las ejipcias pirámides, mayor que los obeliscos, como el Aconcagua...

Sólo por estos Andes, hechos masa gris, se puede admitir que al filósofo inglés Herbert Spencer se le calificara de imbécil ó poco menos, á propósito de una respuesta que dió el sabio á unos juicios del diputado italiano Enrique Ferri; y nada más que en la Argentina, la censura teatral, hecha cumbre del entendimiento, puede pasar su cesáreo lápiz azul por las escenas de las comedias del inmortal Lope de Vega, victimado en

Buenos Aires en holocausto del teatro gaucho, lleno de gloriosos fracasos, al extremo de confesar un autor, claro que criollo, que también á Beaumarchais, con su « Fígaro », le silbaron al estrenarse...

¡Estupendo, colosalmente estupendo!

Como se ve, la megalomanía, si tan aguda hayla en Europa, trasplantada á la pampa, es el único producto que tiene más posibilidad de arraigo, crecimiento y expansión; y allí donde la simpatía humana no tiene asiento y donde los hábitos chocan á fuer de antisociales — sobran los brazos, el capital huelga, y el oro y la sangre han de buscarse otros cauces por los cuales se deslicen con más fruto para el progreso contemporáneo.

Porque si no, el descrédito, á poco tardar, no habrá quien lo contenga, él también salido de madre—como la vanidad argentina, estallante, reventando los pellejos, en vía de desventrarse...

¡Guarda!

Con la descripción física de un país, fácil es figurarse cómo serán sus hombres.

Cuando oigo hablar de un país que produce el... trigo, la lana, el ganado sin cultivo, yo digo al instante:

—El producto-rey de ese país es el hombre ocioso, perezoso, inepto, pobre, pícaro y malo.

Ese país es el padre natural del salvaje...

ALBERDI.

Estado calamitoso

Á Luis Barzini, en Milán.

¿He dicho que chocaban los hábitos criollos? ¡Ca!... ¡revientan!

Y lo mejor está en que sus boberías salvajes son festejadas hasta por las mujeres, *sotto voce* sí, pero con fruición, lo mismo en las tardes de Palermo que en las noches de la Ópera, en el sarao y en la modesta tertulia.

En Santa Fe, una reunión de damiselas, en un rinconcito de sala *au grand confort*, ríe la siguiente humorada:

Un jovenzuelo apaleador de italianos, hijo del, entonces, gobernador de la provincia, vase de vi-

sita sexual á una mancebía de sus frecuentes orgías, y, al retirarse, una joven francesa reclámale el importe que se abona en tales casos, lo cual produce en Iturraspe la estupefacción más inaudita, ya que se iba sin tan siquiera hacer trizas cuanto se le puso delante.

No pagó, mas prometió volver, y volvió... con dos litros de petróleo que arrojados sobre la tres veces infeliz manceba, previo el fuego que le aplicaba otro salvaje, de cepa tan distinguida como Iturraspe, daban un juego de luces como pirotécnico alguno imaginara: verde demoníaco en la base, oro en el centro y azul hacia la cabeza; algo parecido á lo que acontece con la choza que incendia el gaucho, con el enemigo adentro, en medio del silencio noctámbulo de la Pampa.

Pura ley de herencia; Alarico en alma viva: *yo siento en mí una cosa que me lleva á destruir á Roma...*

En Buenos Aires lo mismo: plantados en la calle Florida, á la tarde, hasta la hora de cenar, vívese en un espantoso *flirt*, donde las manos son las encargadas de enderezar el bárbaro galanteo, dirigido siempre hacia jóvenes obreras, modistas, costureras que pasan ó vuelven del «registro», empleadas de tiendas, criadas, en fin, á

todas aquellas que por sus apariencias acusen corresponder á la clase de los explotados, huérfana de garantías en este país como en ningún otro.

Que tal sucede en todas las capitales, ¡vaya que me lo tengo hasta olvidado á fuerza de sabido!—pero en parte alguna he visto extremarse tal impudencia, crónica en la Argentina, algo que tira al atávico derecho de pernada.

Estos « semi-cuasi-varones », como los llamó un plenipotenciario, deliran como psicópatas, y, tras de las mujeres, todo su floreo es descaradamente objetivo — « ¡qué hembra, hermano! » — acusando una resecadura de ingenio, un reblandecimiento tal, que no hay imbecilidad ni idiotismo que no se la apropien; y uno que conozca la *fioritura* italiana ó el *chicoleo* español, llenos de espiritualidad los dos, rebélase á admitir que en la composición de este tipo antropológico hayan podido entrar los elementos psicofísicos de los íbero-itálicos.

La obstinación psicopática de la *jeunesse*, indecente toda ella, va lejos; el criollo viaja por Europa, no para estudiar, observar, charlar con los maestros, sino para obtener un favor de la Cleo de Merode ó de la Cavallieri, tornando á la tribu á relatar mentiras estupendas sobre la Chi-

[illegible]

[illegible] á la [illegible] Musa—ó [illegible] m...

[illegible] primeros de [illegible] manera [illegible] demasiado con [illegible]

[illegible] á que le [illegible] el lus- [illegible] del señorito [illegible] el loco [illegible] según la de- [illegible] de ser vejado por [illegible], le lastimó un callo....

[illegible] lindo», hijo de un gran caudillo

de rojas hazañas, y diputado, y hombre de pro al estilo de los de Pereda, aunque más bruto todavía, fué obligado por la justicia á viajar por Europa y conocer á la Cleo de Merode...

Caso Masa: el «loco lindo», del Rosario, acompañaba, de puro diletante, al jefe de policía que se hallaba empecinado, entre obreros y patrones, en evitar una huelga de la refinería argentina, para lo cual pidió á los operarios que delegasen una comisión, á la que más tarde constituyó presa, motivo que produjo un descontento en forma de protesta, protesta que acarreó unas cargas de la caballería policiana, y lo de siempre, sablazo á diestro y siniestro, los policianos que se entusiasman, Grandoli, el jefe, también; Masa delirante, exaltador, se cree en Troya, y tras del primero que huye, corre él; luego le sigue Grandoli, preguntándole qué le pasa, y Masa, desternillado de risa epiléptica, le responde: «nada... que le meto á ese gringo la bala por el ano»... en lo que se equivocó, que conste, porque el balazo dió en la región occipital del infortunado Budislavich; pero Budislavich herido constituiría un grave peligro de delación, móvil que impulsó á Grandoli á rematarlo con otro tiro que penetró, al caer el cuerpo en tierra, exánime ya, en la ba-

rriga; los balazos, pues, no entraron donde Masa quería...

Todos estos « locos lindos » son absueltos; no hicieron, suelen decir los considerandos de las sentencias judiciales, más que defenderse...

Y gracias todavía que entienda en el asunto la justicia, lo que, según la calidad del « loco lindo », no siempre se permite, como en el caso de aquel que *suicidó* á su esposa, á plazo fijado, ocho días, hecho que no describo por no sublevar la sangre de los patos.

¡Cuando uno piensa en los pobres panaderos Berri y amigos, torturados, vejados y soterrados casi ó más de trescientos setenta y cinco días sin que contra ellos, pobres compañeros, existiese una sombra de culpabilidad probable, ni aun presumible!

Pero todavía hay clases, me olvidaba, y muertes en defensa propia...

Acuérdome de una incisiva ilustración del notable caricaturista don José María Cao, á propósito de otros hechos de igual jaez: un hombre atado de pies y manos no sé dónde, es fusilado por otro, á tiros, creo, de revólver; y dícese al pie de la ilustración: « matar en defensa propia ».

En ningún país como en la Argentina tuvo

tanta extensión el uso de armas, ni el abuso tampoco; y si los extranjeros que van al Casino, al Jardín de los Lagos, al Restaurant Hansen, á la Confitería del Águila, ó á otro lugar de alguna concurrencia, no abandonan el arma que pudieren llevar, ello proviene de la inseguridad en que se vive, cuando uno, por azar, se roza demasiado con el criollo, que jamás deja el revólver ni para mayores é imperiosas necesidades...

La damisela argentina dice al padre ó al hermano: « ¿no llevas el revólver? » ...

Claro está que el porte de armas, como costumbre inveterada de los argentinos, deviene del largo puñal cruzado sobre el amplio cinturón que cargan los gauchos de las campañas, y el « loco lindo », que es el *compadre* vestido decentemente, enafeitado, jamás negó la estirpe, aquella estirpe que Ramos Mexía llama « la odiosa turba de los... saturados de barbarie, animados por su culto del coraje, su fidelidad que encarna la patria en el patrón, con sus odios insanos al único modesto centro de cultura » ...

Estos criollos son los que á veces, inflados, suelen salir de las facultades tarareándose:

« Calle Esparta su virtud,
su grandeza calle Roma.

¡Silencio!—que al mundo asoma...
la gran capital del Sud »...

Como quien no dice nada, aunque después sean capaces de contrahacer la sintaxis y ortografía, peor que aquellos corregidores coloniales de quienes nos habla Estrada.

Cuando los años maduran el empuje cultivado por este tipo, iletrado ó falso docto, que yo recomiendo á la sagacidad del doctor César Lombroso, torna las « calaveradas » en un anhelo febril por militar en la administración nacional, en cuyo lugar se hace lo que se denomina un *vivo,* porque el *chauvinisme* argentino consiste en « nacer *becado*, vivir *empleado*, morir *jubilado*», tal lo dice Mansilla, y en no abandonar el presupuesto de ninguna suerte.

Si el nativo es poseedor de un patrimonio que le permite vivir fuera de la administración, se lo come lentamente, ó lo coloca en hipotecas —« ¡á la fija, amigo!» —dejando, por incompatibilidad absoluta, que los extranjeros muevan la agricultura, aun la ganadería, y las industrias, á lo cual llama el criollo *hacer la América.*

Cuando se aventura á algo, siempre sin estudio, supersticioso como es él, por puro pálpito, marcha hacia una segura derrota, constatada por la estadística sin demora; le pareció ser apicultor, viticultor, ladrillero, y en dos ó tres años se dedica á ello, lo que fuere; y he ahí que se aparece el país del trigo, de la carne y de la patata... laborando en miel y en ladrillo... ¡vaya pues!, ¡cosa de reventar de risa!

« Así, en la industria del azúcar—dice Manuel Bernárdez— en la industria del vino, en las propias industrias agrícolas, la improvisación especulativa, el repentismo, el pálpito, la moda, han solido hacer estragos frecuentes; ha venido la ráfaga de novedad y se han lanzado los improvisados industriales y agricultores como á una nueva California ».

Fracasado industrial ó agricultor, torna á su vida de modorra, si acaso la política no le llama, que sí le llama, justamente, lo único que le tira con fuerza, quizás porque en cada gaucho hay un pequeño Thiers en acecho continuo.

Ya político, lo primero que ve ante sí es la fortuna, puesto que la propia, lastimada, le exige una reacción rápida; y es entonces cuando todos nos quedamos patidifusos y boquiabiertos, sin

atinar á explicar ciertos fenómenos incomprensibles...

Verbigracia: la industria frigorífica, la única próspera del país, da un dividendo líquido de 45 á 50 °/₀ y, por disposición del cuerpo legislativo, obtiene la franquicia de introducir todo cuanto le viniere en rabia, libre de derecho; lo que aprovechado, la última exención llegó á 745,695 pesos; ni uno menos.

« Entretanto, dice *La Nación*, nadie exime al obrero que ha de pagar sobre el pan que come. »

Con razón leo en Barzini, quien á su vez lo traduce de *El Diario* de Buenos Aires, « che per avere una modificazione sulla tariffa doganale di un certo articolo, si offrivano settantamile *pesos* nei *couloirs* del Congresso ».

Pero tales cosas, mejor que yo, extensamente las debe comentar un argentino, Lucio V. Mansilla, de la feliz minoría que en el país, ó fuera de él, brega por enderezar un quebrado, deshecho por la parte más difícil de curar: por la médula.

« Esto no es vida.

« No es más que un *modus vivendi*, esperando, esperando, esperando siempre »...

Y en otra parte:

« Los que tienen tacto y ojos pueden sentir y

ver que no hay un solo registro de esa máquina vieja y herrumbrada... con pretensiones de modernismo, en que no se adviertan rozamientos y asperezas que acreditan ó la inhabilidad del mecanismo ó la incapacidad ramplona de los que la manejan, sordos y refractarios á toda censura, pedantes enfatuados, admiradores de sí mismos y de su grupo de turiferarios.

« Y en el eterno ir y venir, tejer y barajar nombres... encontrándose siempre que se hace el inventario: que obra tan considerable como la reconstrucción de una fuerza social... en una dirección de progreso indiscutible, va á dar, por faldas ó por mangas, con otros acólitos, en las manos de unos cuantos; los *mesmos* respetables señores que durante no sabemos cuántos años, ya con las llamadas conciliaciones, evoluciones en el orden nacional ó provincial y acuerdos, ya con los gabinetes híbridos de caballeros que se sorprenden de volverse á ver las caras en los mismos consejos — resultan pasajeros de todos los barcos con billetes de ida y vuelta, inquietos exploradores de todos los mares... turbios... de todas las empresas argonautas en busca del suspirado vellocino.

« Diríase que todo el programa de muchos de

ellos es el del personaje de Shakespeare en «Otello», «hazte con dinero»; de ahí sin duda que una parte de cierta familia política esté dividida en dos categorías, homogéneas al parecer, distintas en realidad: los que pueden explicar cómo es que se han arruinado, y los que no pueden explicar el origen de sus millones, gente más necesitada de posición que enaltezca que de pesetas, quebrados moralmente, sin cura ni remendura»...

Y en otra parte:

« Y, dígase lo que se quiera, todos y cada uno de los servicios públicos... enseñanza, sistema... económico... la organización, en una palabra, de toda la vida interna... y la de su vida en relación con los demás pueblos, lo central, lo provincial, lo municipal, los medios de comunicación postal y telegráfica, ferrocarrileros... la higiene, cuanto significa, en suma, la acción federal y la fuerza oficial local... ineficaz, en desbarajuste, en desorden, causa de descrédito y... de contumelia ».

« En tantísimos años de vida constitucional, por no decir de dictaduras más ó menos templadas »... nada, digo yo ahora, no Mansilla, no se hizo nada, salvo eso de convertirse las tísicas provincias en feudos ó satrapías, tener el parla-

mento más caro del mundo, por culpa del gobierno, tener el gobierno más odioso y prepotente, por culpa del parlamento, lancear á los odres en tiempos de saqueos y dejar en huelga y respetados á los más preclaros asesinos de los hombres y de los bancos.

No llega á tanto decir el insigne Mansilla, lo repito, sino que yo soy el que tanto plagia á la realidad argentina, falta—es exacto, señor Mansilla— del *Gemüthsleben* ó « vida del corazón y de la inteligencia unidos »; y Voltaire, cuando creía que quién sabe si algún día los americanos irían á enseñar las artes á los pueblos europeos... ay!.. se equivocaba de medio á medio.

Los médicos, según uno de ellos, Ingegnieros, son unos zotes, é Ingegnieros que está obligado á no calumniarlos, asegura que más de uno—debe ser centenar, un centenar, centenar uno — « no concibe el universo ni la ciencia más allá de la aplicación de... revulsivas ventosas... campo de observación reducido... medios de investigación... modestos... ríen con desprecio de los que, *además de eso*, buscan para el espíritu un deleite educativo, explorando el follaje lujurioso que cubre las ramas del árbol de la ciencia, del arte, de la vida. »

En cambio de todo lo que le falta á la Argentina en materia de cultura científica y social, le quedan, y le sobran, estadígrafos como Alsina y... *ahimé*... como Martínez, que ni á los cronistas de la prensa les pueden convencer de que no hay hambre aumentando la población en 21,870 habitantes (año 1902), mientras, en vez de subir ó de estarse quedos, los consumos (vacas, novillos y terneros), descienden, descienden, siempre descienden!

Y es que Martínez y Alsina, pongo por caso, mejor servirían para aplicar ventosas revulsivas antes que para filosofar sobre cifras; y viceversa, los Bovarís argentinos quizá fuesen mejores estadígrafos que extirpadores de hernias—ya que en este país todo dios ocupa el lugar que no le corresponde, como pasa con la honradez, que siempre está á cargo del que no es funcionario, y, al contrario, el fraude y el dolo y la uña larga, del que lo es.

¡Si acaso de los jóvenes se esperase algo!

« Esa juventud argentina — dice Groussac — me inspira inquietud.

« Presencio anualmente la cosecha intelectual, y, sobre darme cuenta de su insuficiencia, sé que ella no se renovará; para muchos, el débil es-

fuerzo de los exámenes quedará único y definitivo; después del cultivo superficial, volverá la maleza á invadir el campo ».

Caramba... y ello no será por falta de universidades, porque haberlas en verdad que las hay, hasta de teología y de agronomía; sólo que, me lo sospecho, no sirven para nada; tanto es así, que el gobierno argentino pide á Francia profesores, con 400 pesos oro por mes, de química é industria agrícola, agrología, arboricultura y silvicultura, zoología agrícola y entomología-apicultural, vinificación y viticultura, y... de todo, profesores de todo, para todo, sobre todo...

Yo comprendo que el gobierno fragüe uno tras otro y sin descanso, proyectos de colonización, inmigración, internación de extranjeros, importación de profesionales científicos y, la mar!

Los que cultivan la religión del negocio turbio, hombres de potestad oficial, por supuesto, calculan que se puede llenar la bolsa propia cuanto más llena está la albarda del burro-nación; de ahí que no estén lejos de la buena fe los afanes de progreso proyectados por todos los ministe-

rios, sólo que, el público, á la fecha harto escamado, acordándose de que la acción del estado como colonizador «está marcada, según *La Prensa*, por un reguero de desastres y de escándalos administrativos», el público, digo, se echa para sus adentros razones como las siguientes:

« El gobierno que empleó dos años en la tramitación de la colonia Nahuel-Huapí, para concluir con arruinar á los solicitantes de lotes, carece de títulos para pedir nada menos que 50:000,000 de pesos ». (De *La Prensa.)*

Los capitalistas, por su parte, habituados á guiarse por sus propias iniciativas, juran que tales proyectos están llamados á fracasar miserablemente, y « como la ley se hizo para ser pésima », me dice uno de ellos, quién sabe con qué clase de *embroglios* acabará ese proyecto de expropiación de 2,000 leguas de campo.

¿Qué comisión recibirán, presidente y ministros proyectantes, al expropiar esas 2,000 leguas?

En todas las partes cuecen habas, pero en la Argentina son calderadas de comisiones ó millones de pesos los que se perciben por un simple asunto: la abertura de una avenida, un puerto, un edificio público.

En un vapor procedente de Buenos Aires,

próximo á arribar á Southampton, unos viajeros, burgueses decentes, como les llama el historiador López, tomaban la última copa de *champagne*, mientras remataban la charla que se había deslizado á propósito de saqueos é inmoralidades criollos, y un joven, que no hubo notado la naturalidad con que los burgueses porteños relataban aquellas cosas—adelantó su caso: « un director de una repartición—decía el joven —me ofreció por el edificio de la calle tal, esquina cual, 600,000 pesos, el valor de la propiedad, que si yo aceptaba se destinaría á la repartición nacional que la necesitaba, pero... yo me obligaba á gratificar, al director dicho, con una comisión de 50,000 pesos, á lo cual, lleno de náuseas, respondí que no me placían las porquerías »...

Los burgueses decentes, al concluir el joven, se quedaron risueños: « vaya, pues, con el mozo que se permitía escrúpulos monjiles »... y uno, por todos, le respondió:

— Amigo, con el gobierno no se hace otra clase de negocio...

Pero este famoso proyecto de internación de extranjeros me recuerda, no las familias de colonos que asesinan los matreros en las provincias

agrícolas todas las estaciones del año, sino aquella CAZA DEL GRINGO que nos hizo conocer el diario bonaerense, vespertino, *L'Italiano*, donde según Rómulo Ovidi, corresponsal, se les batía á los gringos á bala rasa, hasta bajo las casillas de madera que en la Estación White (Bahía Blanca), lugar del hecho, tenían los operarios entonces en huelga.

Mas, ahí es nada, que en las regiones nortes—cuenta el doctor Yofre, criollo—se encontró á un distinguido asesino, cuatro veces homicida, en defensa propia como es de suponerse, el cual había purgado sus crímenes *trabajando* de capataz en una propiedad fiscal, y siete policías delincuentes, con causa abierta, libres, en pleno ejercicio de sus funciones...

Nada total: que el gobierno coloniza en seguida, en regiones tan paradisíacas y de las que nos cuenta *La Prensa* que aun tiene « en cartera muchos otros documentos sobre hechos tanto ó más elocuentes »...

Si se vuelve al sud, más allá de donde se «cazan gringos», nos encontramos con esta recomendación del señor Payró, argentino:

« Cuando se habla de un *pioneer* del extremo austral, no es bueno darle carta de honradez

sin previo examen, si el que la otorga quiere preocuparse de la verdad»...

Y dése vuelta, el extranjero, hacia la derecha ó hacia la izquierda, que la tierra sí se la encontrará fértil, si así hace falta, ó montañosa si tal conviene, fría, templada ó tropical, á elección, y extensa siempre, pero con unas gentes, en la ciudad ó en la llanura, en el poder ó en sociedad, que las once mil vírgenes nos preserven ¡ay!

«Después de la independencia, el personaje español fué sustituido por el criollo... voraz»...

Bien, basta, que esto lo dice otro argentino, Juan Agustín García (hijo).

Si las cosas no han de ser mejor, nada, pues, de incomodarse...

Pues bien, el hombre elemental de las sociedades civilizadas de este siglo, es el hombre inteligente, trabajador, activo, productor, recto, simple, ahorrativo, sobrio, súbdito y señor de sí mismo, es decir, hombre de orden y de libertad.

Cuando la masa de la sociedad no es hecha de ese elemento, su producto morboso como ella es la familia de parásitos que viven de ella, sin que ella derive de esos entes extraños otra cosa que ruina, enfermedad, decadencia.

ALBERDI.

Al volver

He residido diez y seis años en el país, los mejores de la juventud, y lo recorrí en todas sus direcciones, y vuelto á correr á cada rato, el llano, la montaña, la sierra y la ciudad.

En él he amado y he sufrido, formé el cuerpo y el espíritu, observé, recogí y guardé, kaleidoscopio de remembranzas hecterogéneas, mujeres, hombres y cosas que yergue el recuerdo, que la mente evoca entre vahos de amor y de dolor, alucinaciones melancólicas de lugares que me tuvieron en la noche, inmergiéndome en lo infinito, tranquila el alma á veces, triste otras, soñando luchas de deseos salidos todos de una entraña sana, bregas humanas que se me hicieron necesa-

rias como el aire al aquilatar el inmenso sufrir de las aherrojadas multitudes.

Pedazos de vísceras me quedan en la ingrata tierra, trozos de corazón que me tiran hacia sí, sangre de sangre á la que me he de inclinar mientras una palpitación afectiva germine entre tórax y espalda; y amigos además.

Hablé mucho, escribí más, y hecha excepción de los gobiernos que orientan toda su actividad social en ir reculando, ó en atiborrarse la pandorga, todos reconocieron que, aun cuando duro y desapiadado, fuí justo; y la política de puñal, el impuesto de vida, el crimen y otras antiguas fístulas del país, las impugné en la calle y en la prensa, trabajando, trabajando para otros días y otros hombres que años muchos correrán antes que se aparezcan.

Al alejarme, apenas repuesto de mis impresiones taciturnas, levántaseme la república como una inmensidad preñada de riquezas, emporio de virtudes pisoteadas, vasta llanura poblada de atrópicos animales y de abejas cuya labor sólo lucen las alimañas, los sorbedores del aceite opal de miles de lámparas que se apagan; porque bien lo dice el señor Mitre: « no basta ser dueño de un territorio rico, si el hombre no se identifica con él por la idea, y lo fecunda por el trabajo. »

Ante mí he visto romperse más aspiraciones, quebrarse tanto músculo, abrumarse tantas conciencias!

Quizás otras generaciones, donde el gaucho háyase perdido con su rictus criminoso, y si ellas sufren la benévola influencia que engentran los nuevos ideales — bien mantenidos hoy por una escasa minoría—otras proles quizás hagan de tal tierra un gran país, campo de ópimas germinaciones, de alegría y de luz.

Porque en la Argentina es desolador el aspecto paupérico de los ideales, donde las conciencias, sumergidas en corrosivo de *Je m'en... fiche*, según la expresión del eximio Orestes Ristori, todo lo ven en forma de dios-vientre, trajinantes ansias, desveladoras exclusivas de la indolencia regional é innata, puro carácter nacional aplicado al progreso de nuestras horas.

En un océano de riqueza natural agoniza la Argentina, mientras el aguilucho de la pampa, malagüero de las ciudades, grazna su irritador

guturio de « no me importa », engendro de parásitos, de indios enfermos y decadentes.

Todo mi libro va contra eso, y nada más que contra eso.

Si los extranjeros me dan la satisfacción de escucharme, ellos y el falso Cipangu ganarán, ya que no atino á pensar á quién de ambos le va peor con la ímproba manía de poblar una región que no alcanza á satisfacer la voracidad inagotable, el afán endemoniado de los manirrotos dirigentes, llenos todos de primos y amigotes que enderezar ó enriquecer, de donde emana el nepotismo más esporádico que se conoce en nuestro tiempo, en cuyas manos se pasea la república como herencia de viudo *ab intestato*, garras que se trasmiten la presa-nación de padres á hijos y entenados, sin que jamás las bravas reacciones turben el sueño de estos padrastros.

Tiene, pues, este libro su misión que cumplir.

Y si cada capítulo de la obra mía porta su dedicatoria, más que á la amistad y al afecto intelectual débese á otras razones: así, el « estado económico » dóyle á Julio Piquet por ser él uno de los pocos amigos de la verdad en la Argentina, cuando la dirección de *La Nación* estuvo á su cargo, cuidado é inteligencia; el « es-

tado político » á Eliseo Reclus, capítulo que yo se lo debía á un correligionario ilustre, conocedor y conocido de los porteños, á quienes corajudamente, á propósito de aquellos desbarajustes chileno-argentinos, cantóles las del barquero, sermón perdido por causas que se reseñan en el libro este; el « estado judicial » á Alberto Ghiraldo, á quien de derecho le tocaba, ya que él no deja á sol ni sombra á jueces y ministros y con los cuales anda á mal andar, y andará todos los años de su vida, y por ser él quien me presentó al ministro Civit, el ente que pudo acumular *in petto* la honradez más averiada que he conocido; el « estado social » á Francisco Grandmontagne, quizá el único que estudió el medio criollo con más fuerza interior perceptora que ninguno, y con quien tuve no pocos jaleos, él porque no y yo porque sí eran los nativos y mestizos susceptibles de una matarrítmisis evolutiva; dedicatoria que la hago con tanto más gusto cuanto más reflexiono hoy que ayer me equivocaba el criterio; y á Barzini el « estado calamitoso », que personalmente se lo describí, bien que á la carrera, en la redacción de una revista donde yo trabajé, situación desesperante en la que él no creía, aunque más tarde, lo que recoge el

iris al extenderse sobre hombres y cosas criollos, bastóle para corroborar y bien probar, como lo hizo con sus correspondencias, sin orden, pero exactas, hechos verídicos.

Los que me sepan juzgar—de los que no, hace tiempo que prescindí—no han de ver en mi libro una obra aviesa, anti-argentina, de represalía á supuestos agravios que se me pudieron hacer no sé cuándo ni cómo.

Los tísicos del espíritu, los pequeños de corazón, ni los funcionarios más perfectos, jamás me ofenden.

Por lo demás, yo perdono...

La minoría laboriosa del país de Cipangu, en cuya composición entran obreros é intelectuales argentinos, aunque tan extraña en la propia tierra como la mayoría de esos extranjis que arrean sus sufrires al través de los pueblos y las pampas, la minoría esa, digo, es la única «señora de sí misma», amadora del orden y de la libertad, dolorosa de la decadencia gaucha, á quien se la pega porque piensa, palo por si obra, *Mater* apuñaleada con aquellos gritos que desde la *Gaceta* de Rozas pasando al parlamento criollo, sirven aun hoy para aherrojar al progreso:

—*¡Mueran los extranjeros!*—dicen los gritos.

Bibliografía argentina

Pensamientos de Alberdi, por Marcelino Escalada.
Facundo, por Domingo F. Sarmiento.
En vísperas, por Lucio V. Mansilla.
Del Plata al Niágara, por Paul Groussac.
Ensayo sobre educación, por Agustín Álvarez.
Vivos, tilingos y locos lindos, por Francisco Grandmontagne.
Población, tierras y producción, por Juan A. Alsina.
Tambos y rodeos, por Manuel Bernárdez.
Psicopatología en el arte, por José Ingegnieros.
La cuestión económica, por Ángel Floro Costa.
Corrispondenze sull'Argentine, por Luigi Barzini.
Estudios americanos, por E. García Merou.
Las multitudes argentinas, por J. M. Ramos Mexía.
Historia Argentina, por José Manuel Estrada.
La ciudad indiana, por Juan Agustín García (hijo).
Historia Argentina, por Lucio V. López.
Psicopatología forense, por Pedro Gori.
La République Argentine, por Ch. Wiener.
Geografía Comercial, por Edgar Courtaux y Francisco V. Guzmán.
La tasa del impuesto, por Gonzalo Ramírez.

La moneda, por Juan B. Justo.

Nuestra América, por Carlos O. Bunge.

La Australia Argentina, por Roberto J. Payró.

Bases de la Constitución Argentina, por J. B. Alberdi.

Notas é impresiones, por Miguel Cané.

Arengas, por Bartolomé Mitre.

El Sol, de Alberto Ghiraldo.

Anuario Estadístico, de Alberto B. Martínez.

Anuario Pillado, de Ricardo Pillado.

Anuario Demográfico.

El cuento del tío.

La organización obrera.

ÍNDICE

Pág.

AL BAJAR

De como en Europa se admite la existencia de un Eldorado.—Desencanto á cargo de los inmigrantes.—Aspecto de una capital llamada Atenas.—Hotel, barraca y antro: decoración y arquitectura.—Una espera desesperante 9

ESTADO ECONÓMICO

Los resultados de una inmigración innecesaria, traen el descenso de los salarios del mínimo necesario á la existencia.—De cómo mientras aumenta la población los consumos se restan.—Crisis endémicas.—Gobernar no es poblar, cuando los capitales emigran, las industrias fracasan y los alimentos decrecen.—Donde progresa el *bric-a-brac* la prosperidad se ausenta.—Garantías individuales.—Odisea de un inmigrante.—La moneda: el tenedor de ella es un acreedor del Estado.—Moneda inconvertible.—Los empréstitos pagados con otros empréstitos son como la felicidad adquirida mediante la ruptura del espinazo.—De cómo en una *enquête* capitalista nadie puede saber á qué carta quedarse.—De mal estado económico sale un malestar moral.—Vorágine y tramoyismo.—Un presidente de república que todo lo ve podrido.—Aguas

Pág

cenagozas ó negocios impudentes.—Un banco famoso.—Curiosidades de un estadígrafo.—Se emigra en vez de inmigrar.—El arte de mentir á favor propio ó «créame usted esta mentira que le cuento».—Importación y exportación *pour rire*.—Productos-reyes que debieran buscar mercados y que si no se colocan *delenda est*. 17

ESTADO POLÍTICO

¿Quién puede orientar debidamente el credo de un partido popular?—Un presidente de república dice que ninguno.—Pesimismo del cosmopolita.—Sufragio tragi-cómico.—Votos inútiles.—Los legisladores, que son los únicos sufragantes, votan con el trasero, inclinándose.—Elecciones.—El producto salido de los comicios ó corrales parlamentarios.—Una ley como *á* París y *á* otras partes.—Una tenida entre legisladores.—¿Conviene cuidarse de la fama propia?—Anima gaucha involucionable.—La civilización jamás vino del desierto.—Revoluciones contra el fraude y la dominación que tienen por objeto conseguir un poco de dominación y de fraude.—Substracto intelectual de los políticos 49

ESTADO JUDICIAL

Particulares características del sistema judicial.—Régimen colonial.—La revocación de sentencias no degrada á los magistrados.—Casos varios.—La justicia siempre fué contra los trabajadores, al extremo de condenarse á presidio perpetuo á cinco obreros que sólo delinquieron concurriendo á un

Pág.

mitin.—Otros hechos.—Por torturar infantes, á días de prisión, y por agresión frustrada á diez y siete años de cárcel.—Inestabilidad de los incisos del código: á muerte hoy y en libertad mañana, ó templanza y energía de un capítulo penal.—El ochenta y ocho por ciento de los delitos conocidos, según la estadística, quedan impunes.—Crímenes *misteriosos*.—Un aviso de la reina Victoria colocado en todas las estaciones inglesas.—Los inmigrantes y los cónsules y la carabina de Ambrosio. —Procedimientos policiales.—Hace falta un Voltaire que declare la guerra á la moderna forma de inquisición.—«Los asesinos vestirán de luto», decía Saint Just y hoy, sin embargo, visten á la moda última.—No pueden ser jurados los tenderos, porque, á estar los doctos, ni la glándula pineal les es conocida.—Más crímenes.—La última potencia del dolor.—Alaricos de la pampa convertidos en jueces, fiscales y esbirros.—Todos los congresos obreros sancionan protestas contra el actual procedimiento de las autoridades ejecutivas.—Pero... todo vaso se llena! 67

ESTADO SOCIAL

Dos sociedades en pugna abierta por absorberse.—Escritores hay que apologizan la barbarie.—Un tipo de la antropología criminal, derivado etnológico del gaucho.—Rasgos psicológicos de un medio social.—El indígena, según Darwin, no experimenta el sentimiento de la simpatía.—Origen del actual medio criollo; estigmas que evolucionan de forma y no de esencia.—Cultura que se odia por condición atávica.—Estadística que echa á rodar

Pág.

muchas bellezas.—Moralidad particular y oficial. -Como París y no una *petit* París.—Lujo que no se salda con el trabajo.—El juego.—Nuevo Baden-Baden.—Rictus de carnestolendas.—Progreso que se mantiene merced á la inmigración, ya que la política y el juego ocupan á los gauchos.—Lo que se explota durante las crisis económicas: la mancebía.—Dos morales distintas y ninguna verdadera; dos honestidades, la mala siempre á cargo de los que gobiernan y la buena residiendo siempre en los gobernados.—Ufanías gauchas.—Aconcaguas intelectuales.—Spencer y Lope de Vega victimados por los gauchos.—Megalomanía estallante.—Infladura corrida 87

ESTADO CALAMITOSO

Humoradas salvajes, pero de *chic*.—«Yo siento en mí una cosa que me lleva á destruir á Roma».—*Flirteo* espantoso.—Elementos psico-físicos que no entraron en la composición de los gauchos ó mestizos.—Cleo de Merode, la Cavallieri, la bella Otero y la Chimay, sí, se visitan; los maestros, no. —Psicópatas y delincuentes: casos varios que se recomiendan al doctor Lombroso.—Anhelos patrióticos: nacer becado, vivir empleado y morir jubilado.—Laborando en miel y ladrillos.—Uso y abuso de armas.—Hacia la política y no al trabajo.—Tramoyas parlamentarias ó exenciones y saqueos. —No vida sino *modus vivendi*.—Toda la máquina no tiene un solo registro que no sea viejo y herrumbroso.—Mal parlamento por culpa del gobierno y mal gobierno por culpa del parlamento.—Estadígrafos, hombres cultos y juventud que nada

Pág.

prometen.—Dos palabras sobre colonización hecha por el Estado.—A izquierda y derecha, ruina, miseria, crimen y desolación 105

AL VOLVER

Epilogando.—No basta ser dueño de un territorio rico, si el hombre no se identifica con él por la idea y lo fecunda por el trabajo.—En pleno «no me importa».—Rozas redivivo. 127

Traducción francesa	frs.	3.50	París, 1903
" italiána	liras	2	Roma, 1903

DEL MISMO AUTOR:

SOBRE CIENCIA SOCIAL (estudio)

PARLAMENTOS Y ASAMBLEAS (en prensa)

BIBLIOTECA "CIENCIA Y LIBERTAD"

DE PRÓXIMA APARICIÓN:

Psicología del militar de profesión,

POR A. HAMON.

Cuestiones sociales,

POR JUAN GRAVE.